

## **Domingo VI de Pascua (ciclo C)**

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO** – Homilía del 5 de mayo de 2013
- **BENEDICTO XVI** – Regina Caeli 2007 y 2010 – Homilía 2007
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
  - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
  - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Rev. D. Francesc CATARINEU i Vilageliu** (Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

#### **LAS DOLOROSAS DESPEDIDAS**

El capítulo décimo cuarto de san Juan es el discurso de despedida de Jesús a sus discípulos. Él tiene la experiencia de las incomodidades que genera cualquier separación entre las personas que se aman. Los discípulos resienten la próxima partida de Jesús. Surgen las preguntas y las inquietudes: cuando el Señor se marche, ¿lo volverán a ver?, ¿podrán reconocerlo?, ¿tendrá sentido esperar su regreso? Los discípulos reciben una respuesta orientadora: El Espíritu del Padre los mantendrá unidos y los fortalecerá para asumir retos y dificultades. Cuando surjan las posturas encontradas en relación a la misión en medio de los no judíos, los apóstoles realizarán un discernimiento constante desde la apertura al Espíritu. Los partidarios de los diferentes caminos misioneros no buscaban imponer sus propios puntos de vista ni sus prejuicios, sino que se dejaban guiar por el designio de Dios, descifrándolo en un clima de diálogo y oración.

#### **ANTÍFONA DE ENTRADA (Cfr. Is 48, 20)**

*Con voz de júbilo, anúncienlo; que se oiga, que llegue a todos los rincones de la tierra: el Señor ha redimido a su pueblo. Aleluya.*

#### **ORACIÓN COLECTA**

Concedéndonos, Dios todopoderoso, continuar celebrando con amor y alegría la victoria de Cristo resucitado, y que el misterio de su Pascua transforme nuestra vida y se manifieste en nuestras obras. Por nuestro Señor Jesucristo...

## LITURGIA DE LA PALABRA

### PRIMERA LECTURA

*El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido no imponerles más cargas que las necesarias.*

**Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 15, 1-2. 22-29**

**E**n aquellos días, vinieron de Judea a Antioquía algunos discípulos y se pusieron a enseñar a los hermanos que si no se circuncidaban conforme a la ley de Moisés, no podrían salvarse.

Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; al fin se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más fueran a Jerusalén para tratar el asunto con los apóstoles y los presbíteros.

Los apóstoles y los presbíteros, de acuerdo con toda la comunidad cristiana, juzgaron oportuno elegir a algunos de entre ellos y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Los elegidos fueron Judas (llamado Barsabás) y Silas, varones prominentes en la comunidad. A ellos les entregaron una carta que decía:

“Nosotros, los apóstoles y los presbíteros, hermanos suyos, saludamos a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia, convertidos del paganismo. Enterados de que algunos de entre nosotros, sin mandato nuestro, los han alarmado e inquietado a ustedes con sus palabras, hemos decidido de común acuerdo elegir a dos varones y enviárselos, en compañía de nuestros amados hermanos Bernabé y Pablo, que han consagrado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo. Les enviamos, pues, a Judas y a Silas, quienes les transmitirán, de viva voz, lo siguiente: `El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido no imponerles más cargas que las estrictamente necesarias. A saber: que se abstengan de la fornicación y de comer lo inmolado a los ídolos, la sangre y los animales estrangulados. Si se apartan de esas cosas, harán bien’. Los saludamos”. **Palabra de Dios.**

### SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 66

**R/. Que te alaben, Señor, todos los pueblos. Aleluya.**

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. **R/.**

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. **R/.**

Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. **R/.**

### SEGUNDA LECTURA

*Un ángel me mostró la ciudad santa, que descendía del cielo.*

**Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan: 21, 10- 14. 22-23**

**U**n ángel me transportó en espíritu a una montaña elevada, y me mostró a Jerusalén, la ciudad santa, que descendía del cielo, resplandeciente con la gloria de Dios. Su fulgor era semejante al de una piedra preciosa, como el de un diamante cristalino.

Tenía una muralla ancha y elevada, con doce puertas monumentales, y sobre ellas, doce ángeles y doce nombres escritos, los nombres de las doce tribus de Israel. Tres de estas puertas daban al oriente, tres al norte, tres al sur y tres al poniente. La muralla descansaba sobre doce cimientos, en los que estaban escritos los doce nombres de los apóstoles del Cordero.

No vi ningún templo en la ciudad, porque el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son el templo. No necesita la luz del sol o de la luna, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Palabra **de Dios**.

**ACLAMACIÓN (Jn 14, 23) R/. Aleluya, aleluya.**

El que me ama, cumplirá mi palabra, dice el Señor; y mi Padre lo amará y vendremos a él. **R/.**

**EVANGELIO**

*El Espíritu Santo les recordará todo cuanto les he dicho.*

**Del santo Evangelio según san Juan: 14, 23-29**

**En** aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “El que me ama, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada. El que no me ama no cumplirá mis palabras. Y la palabra que están oyendo no es mía, sino del Padre, que me envió. Les he hablado de esto ahora que estoy con ustedes; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto yo les he dicho.

La paz les dejo, mi paz les doy. No se la doy como la da el mundo. No pierdan la paz ni se acobarden. Me han oído decir: ‘Me voy, pero volveré a su lado’. Si me amaran, se alegrarían de que me vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Se lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, crean”. **Palabra del Señor.**

**ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Acepta, Señor, las ofrendas que te presentamos, y purifica nuestros corazones para que podamos participar dignamente en este sacramento de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN (Jn 14, 15-16)**

*Si me aman, cumplan mis mandamientos, dice el Señor; y yo rogaré al Padre, y Él les dará otro Abogado, que permanecerá con ustedes para siempre. Aleluya.*

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Dios todopoderoso y eterno, que, en Cristo resucitado, nos has hecho renacer a la vida eterna, haz que este misterio pascual en el que acabamos de participar por medio de la Eucaristía, dé en nosotros abundantes frutos de salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.-** La multiplicación de espacios para el acondicionamiento físico como los gimnasios y los sitios de entrenamiento para mantener en forma al cuerpo, siguen apareciendo por todas partes. El número de los sitios públicos encaminados al cuidado de la mente y el espíritu no crecen con la misma intensidad. La urgencia de vivir una espiritualidad profunda y trascendente no se percibe como una de las necesidades de nuestra sociedad. Vivimos demasiado volcados hacia el mundo exterior, obsesionados por la prisa de conseguir metas y logros materiales. La oferta que Jesús hace a sus discípulos sigue teniendo sentido. El Espíritu de Dios es una compañía amigable y humanizadora. Quien se deje empujar por su impulso aprenderá a tomar decisiones sensatas que irán convirtiéndose en fuentes de paz y de armonía interior; en una palabra, de felicidad duradera.

---

**BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**El concilio de Jerusalén (Hch 15,1-2.22-29)**

**1ª lectura**

Algunos cristianos de procedencia farisea —«algunos de los que estaban con Santiago» (Ga 2,12)— llegados a Antioquía afirman categóricamente que no es posible la salvación a quien no se circuncide y practique la Ley de Moisés. Han aceptado (cfr 11,18) que los gentiles convertidos puedan bautizarse y formar parte de la Iglesia. Pero no han entendido bien la nueva disposición evangélica, y piensan aún que es necesario abrazar primero el judaísmo, cumpliendo todos los preceptos y ritos mosaicos. Las graves afirmaciones de estos discípulos no sólo turban el ánimo de los cristianos antioquenos, sino que comprometen la propagación de la Iglesia misma. Se plantea por lo tanto la necesidad de una apelación a los Apóstoles y presbíteros, que se encuentran en Jerusalén y llevan el gobierno de la Iglesia.

El decreto apostólico (vv. 23-29) resume en breves trazos todo el asunto: el origen del problema y la solución. Es de notar que la decisión de los Apóstoles se presenta también como obra del Espíritu Santo (v. 28): «Pienso que no pueden explicarse las riquezas de estos inmensos acontecimientos —escribe Orígenes— si no es con ayuda del mismo Espíritu que fue autor de ellos» (*Homiliae in Exodum* 4,5). Así lo comenta un teólogo español del siglo XVI: «Nosotros debemos entrar por el mismo camino que el apóstol Pablo estimó como el más adecuado para resolver toda cuestión sobre la doctrina de la fe (...). Podrían los gentiles pedir satisfacción al concilio de Jerusalén porque parecía privarles de la libertad concedida por Jesucristo, y porque imponía sobre los discípulos determinadas ceremonias como necesarias, cuando en realidad no lo eran, ya que la fe era el elemento apto para la salvación. Tampoco los judíos objetaron, siendo así que contra la resolución del concilio podrían haber invocado la Escritura santa, que parece afirmar la necesidad de la circuncisión para salvarse. Así pues, concediendo tanto honor al concilio nos dieron a todos la norma que debía observarse en todos los tiempos posteriores; es decir, depositar nuestra fe indeclinable en la autoridad de los sínodos confirmados por Pedro y sus legítimos sucesores. Así nos ha parecido, dicen, al Espíritu Santo y a nosotros. Luego la sentencia del concilio es la mismísima del Espíritu Santo» (Melchor Cano, *De locis theologicis* 5,4).

Las tres abstenciones que se recomiendan (v.29) estaban establecidas en el Levítico. Eran: a) No consumir carne que había sido ofrecida a los ídolos, porque suponía para los judíos participar de alguna manera en cultos sacrílegos (Lv 17,7-9). b) Uniones irregulares (Lv 18,6ss.) —y otros atentados contra la moral sexual—, algunas de las cuales serían más tarde recibidas como impedimentos en la legislación matrimonial de la Iglesia. c) Abstinencia de la sangre y de la carne de animales sin desangrar (Lv 17,10ss.); se fundaba en la concepción de que la sangre es la expresión de la vida y como tal sólo pertenece a Dios; por ello, los judíos experimentaban hacia la consumición de sangre una repugnancia religiosa y cultural prácticamente insuperable. Estas prescripciones que debían cumplir los israelitas y los extranjeros que vivían en Israel (Lv 17,8.10.13.15), en la tradición judía, formaban parte de lo que se llamaban «mandamientos noáquicos», es decir, los mandamientos que Dios dio a Noé y a sus hijos (Gn 9,4-5) y que se consideraban la Ley para los gentiles. Sin embargo, Santiago había afirmado también que ésta es una decisión prudencial —de carácter temporal y mutable— para evitar el escándalo entre los que siguen la Ley de Moisés en toda la diáspora (v. 21). San Pablo actuará de la misma manera en el caso de las carnes sacrificadas a los

ídolos (1 Co 8,1-13), y en el caso del incestuoso de Corinto (1 Co 5,1-13), que probablemente incumplía una de las normas de impureza aquí aludidas (Lv 18,6ss.).

### **La nueva Jerusalén (Ap 21,10-14.22-23)**

#### **2ª lectura**

Se contempla ahora, como momento culminante del libro, la instauración plena del Reino de Dios: un mundo nuevo sobre el que habitará la humanidad renovada —la nueva Jerusalén, cuya llegada está garantizada por la Palabra del Dios eterno y todopoderoso (vv. 5-8). Esa humanidad —el Pueblo de Dios— es presentada como la Esposa del Cordero, y descrita detalladamente como una ciudad maravillosa en la que reinan Dios Padre y Cristo (21,9-22,5). La visión se asemeja a la del profeta Ezequiel cuando contemplaba la nueva Jerusalén y el futuro Templo (cfr Ez 40,1-42,20). Pero aquí se destaca que la ciudad baja del cielo, expresando así que la instauración plena, y tan anhelada, del reino mesiánico se va a realizar por el poder de Dios y conforme a su voluntad.

Los nombres de las tribus de Israel y de los Doce Apóstoles (21,12-14) expresan la continuidad entre el antiguo Pueblo elegido y la Iglesia de Cristo, y al mismo tiempo indican la novedad de la Iglesia, que se asienta sobre los Doce Apóstoles del Señor (cfr Ef 2,20). La disposición de las puertas (21,21) simboliza la universalidad de la Iglesia, a la que han de concurrir todas las gentes para alcanzar la salvación. En este sentido enseña San Agustín que «fuera de la Iglesia Católica se puede encontrar todo menos la salvación» (*Sermo ad Caesariensis ecclesiae plebem* 6). Sorprendentemente en ella no hay Templo (21,22), en contraste con la visión de Ezequiel, pues no habrá necesidad de un signo de la morada divina, ya que los bienaventurados verán a Dios y al Cordero cara a cara. Si el agua de la vida es símbolo del Espíritu Santo (cfr 21,6), con razón algunos Padres de la Iglesia y autores modernos ven en este pasaje una significación trinitaria: el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, representado por el río que surge del trono de Dios y del Cordero.

Este pasaje del *Apocalipsis* alimenta la fe y la esperanza de la Iglesia —no sólo en la generación contemporánea de Juan, sino a lo largo de toda la historia— mientras camina aún por este mundo. Así lo proclama el Concilio Vaticano II: «Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios serán resucitados en Cristo, y lo que fue sembrado en debilidad y en corrupción, se vestirá de incorruptibilidad; y, permaneciendo la caridad y sus obras, toda aquella creación que Dios hizo a causa del hombre será liberada de la servidumbre de la vanidad» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 39).

### **Promesa del Espíritu Santo (Jn 14,23-29)**

#### **Evangelio**

Jesús anuncia que, tras su resurrección, enviará el Espíritu Santo a los Apóstoles, que les guiará haciéndoles recordar y comprender cuanto Él les había dicho. El Espíritu Santo es revelado así como otra Persona divina con relación a Jesús y al Padre. Con ello se anuncia ya el misterio de la Santísima Trinidad, que se revelará en plenitud con el cumplimiento de esta promesa.

Paráclito (v. 26) significa «llamado junto a uno» con el fin de acompañar, consolar, proteger, defender... De ahí que el Paráclito se traduzca por «Consolador», «Abogado», etc. Jesús habla del

Espíritu Santo como de «otro Paráclito» (v. 16), porque el mismo Jesús es nuestro Abogado y Mediador en el cielo junto al Padre (cfr 1 Jn 2,1), y el Espíritu Santo será dado a los discípulos en lugar suyo cuando Él suba al cielo como Abogado o Defensor que les asista en la tierra.

El Paráclito es nuestro Consolador mientras caminamos en este mundo en medio de dificultades y bajo la tentación de la tristeza. ***Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra de nuestros pecados. La presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia son la prenda y la anticipación de la felicidad eterna, de esa alegría y de esa paz que Dios nos depara*** (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 128).

Los Apóstoles se habían mostrado extrañados (v. 22) debido a que entienden las palabras anteriores de Jesús como una manifestación reservada sólo a ellos, mientras que era creencia común entre los judíos que el Mesías se manifestaría a todo el mundo como Rey y Salvador. La respuesta de Jesús (v. 23) es en apariencia evasiva, pero en realidad, al apuntar el modo de esa manifestación, explica por qué no se manifiesta al mundo: Él se da a conocer a quien le ama y guarda sus mandamientos. Dios se había manifestado repetidas veces en el Antiguo Testamento y había prometido su presencia en medio del pueblo (cfr Ex 29,45; Ez 37,26-27; etc.). En cambio aquí nos habla Jesús de una presencia en cada persona. A esta presencia se refiere San Pablo cuando afirma que cada uno de nosotros es templo del Espíritu Santo (cfr 1 Co 6,19; 2 Co 6,16-17).

La conciencia de esta inhabitación de la Trinidad en el alma ha sido para los santos fuente de grandes consuelos: «Ha sido el hermoso sueño que ha iluminado toda mi vida, convirtiéndola en un paraíso anticipado» (B. Isabel de la Trinidad, *Epistula*1906). Y San Josemaría Escrivá, meditando en la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma, renovada por la gracia, escribe: ***El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ¡los dones y las virtudes sobrenaturales!*** (*Amigos de Dios*, n. 306).

El término que traducimos por «recordar» (v. 26) incluye también la idea de «sugerir»: el Espíritu Santo traerá a la memoria de los Apóstoles lo que ya habían escuchado a Jesús, pero con una luz tal, que les capacitará para descubrir la profundidad y riqueza de lo que habían visto y escuchado. Así, «los Apóstoles comunicaron a sus oyentes los dichos y los hechos de Jesús con aquella mayor comprensión que les daban los acontecimientos gloriosos de Cristo (cfr 2,22) y la enseñanza del Espíritu de la Verdad» (Conc. Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 18). «En efecto, el Espíritu Santo enseñó y recordó: enseñó todo aquello que Cristo no había dicho por superar nuestras fuerzas, y recordó lo que el Señor había enseñado y que, bien por la oscuridad de las cosas, bien por la torpeza de su entendimiento, ellos no habían podido conservar en la memoria» (Teofilacto, *Enarratio in Evangelium Ioannis*, ad loc.).

Con el don del Espíritu Santo recibimos la paz (v. 27), es decir, la reconciliación con Dios y con los demás. La paz que nos da Jesús trasciende por completo la del mundo, que puede ser superficial y aparente, compatible con la injusticia. En cambio, la paz de Cristo es sobre todo reconciliación con Dios y entre los hombres, uno de los frutos del Espíritu Santo (cfr Ga 5,22-23).

Cuando Jesús dice que el Padre es mayor que Él (v. 28), está considerando su naturaleza humana; así, en cuanto hombre, Jesús va a ser glorificado ascendiendo a la derecha del Padre.

Jesucristo «es igual al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad» (*Símbolo Atanasiano*).

---

**SAN JUAN CRISÓSTOMO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

**El que me ama guardará mis palabras**

El que no me ama no guarda mis enseñanzas. Y la doctrina que habéis oído no es mía, sino del Padre que me ha enviado. De modo que quien no guarda mis mandamientos no me ama a Mí ni a mi Padre. Si el signo del amor es guardar los mandamientos, y éstos son también del Padre, quien los guarda ama no solamente al Hijo sino también al Padre. Pero, Señor: ¿cómo tu enseñanza es tuya y no es tuya? Quiere decir: Yo no hablo nada fuera de lo que el Padre quiere que hable; y no hablo nada de Mí mismo, fuera de su voluntad.

Estas cosas os he dicho estando con vosotros. Como esas cosas eran oscuras y otras no las entendían los discípulos, y en muchas andaban dudosos, para que no se conturbaran de nuevo ni dijeran: ¿De qué preceptos se trata?, les quita toda ansiedad diciendo: El Paráclito, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, Él os lo enseñará todo. Como si les dijera: Ahora se os dicen muchas cosas quizá oscuras; pero ese Maestro os aclarará todo. Con la expresión: El permanecerá con vosotros, les daba a entender que Él se marcharía. Más luego, para que no se entristezcan dice que mientras El permanezca con ellos y no venga el Espíritu Santo, no serán capaces de entender nada elevado y sublime.

Les habla así preparándolos para que lleven su partida con magnanimidad, ya que ella les acarreará grandes bienes. Y con frecuencia lo llama Paráclito, o sea Consolador, a causa, de las tristezas que entonces los afligían oyendo tales cosas y pensando en las dificultades y luchas y en la partida de Él. Y así los consuela de nuevo diciendo: La paz os dejo. Como si dijera: ¿Qué daño puede veniros de las mundanas perturbaciones si estáis en paz conmigo? Porque esta paz no es como la otra. La paz exterior con frecuencia es dañosa e inútil y en nada aprovecha. Yo, en cambio, os doy una paz que guardaréis entre vosotros mismos, y os hará más fuertes. Pero como de nuevo repitiera la expresión: Os dejo, que es propia de quien se ausenta y esto podía perturbarlos, nuevamente les dice: No tengáis ya más el corazón angustiado y pusilánime. ¿Adviertes cómo ellos en parte por el amor y en parte por el miedo se hallaban conturbados?

Habéis oído que os dije: Me voy al Padre y vuelvo a vosotros. Si me amáis, os gozaríais en verdad de que me vaya al Padre, porque el Padre es mayor que Yo. Pero esto ¿qué consuelo o qué gozo podía proporcionarles? Entonces ¿qué es lo que les quiere decir? Nada sabían aún ellos de lo que era la resurrección ni tenían de Cristo la debida opinión; ¿ni cómo la podían tener cuando ni siquiera sabían que Él había de resucitar? En cambio, del Padre tenían una gran idea. Es pues como si les dijera: Si teméis por Mí como si no pudiera defenderme; si no confiáis en que Yo después de la crucifixión pueda volver a veros, a pesar de todo eso convenía que os alegrarais oyendo que voy al Padre, pues voy a quien es mayor y desde allá puedo remediarlo todo.

Habéis oído que os dije. ¿Por qué añadió esto? Fue como decirles: De tal manera confío en la empresa llevada a cabo, que no temo predecirlo. Así os he dicho esto y lo que luego sucederá: Os lo he dicho antes de que suceda para que cuando, suceda creáis que Yo soy. Es decir: ¿podíais acaso saberlo si, Yo no os lo dijera, o podía Yo decirlo si no confiara en que sucederá? ¿Observas cómo atempera su lenguaje a la capacidad de los oyentes? Lo mismo cuando dijo: ¿Pensáis acaso que no puedo rogar a mi Padre y al punto pondría a mi disposición doce legiones de ángeles? , habló conformándose con la opinión de sus oyentes. Pues nadie que esté en su juicio asevera que no pudo defenderse y que necesitó

del auxilio de los ángeles. Sino que, pues lo tenían como solo hombre, dijo: Doce legiones de ángeles. Y sin embargo le bastó con una pregunta para echar por tierra al enemigo.

Si alguno afirmara que el Padre es mayor en cuanto es principio del Hijo, no le contradiremos. Pero esto no hace que el Hijo sea de otra substancia. Es como si dijera: Mientras Yo estuviere acá, es justo que vosotros penséis que me encuentro en peligro; pero si voy al Padre, confiad, pues ya estaré seguro, puesto que a Él nadie puede vencerlo. Pero todo eso lo decía abajándose a la rudeza de los discípulos. Como si dijera: Por mi parte, Yo confío y para nada me preocupa la muerte. Por lo cual añade: Estas cosas os he dicho antes de que sucedan. Puesto que vosotros no podéis aún comprender lo que os digo acerca de eso, os traigo el consuelo haciendo referencia al Padre, al cual vosotros llamáis grande.

**Explicación del Evangelio de San Juan (2), Homilía LXXV (LXXIV), Tradición México 1981, p. 265-67**

---

### **FRANCISCO – Homilía del 5 de mayo de 2013**

#### **Homilía en la Misa con ocasión de la Jornada de las Cofradías y de la Piedad Popular**

Queridos hermanos y hermanas, habéis tenido valor para venir con esta lluvia... El Señor os lo pague.

En el camino del Año de la Fe, me alegra celebrar esta Eucaristía dedicada de manera especial a las Hermandades, una realidad tradicional en la Iglesia que ha vivido en los últimos tiempos una renovación y un redescubrimiento. Os saludo a todos con afecto, en especial a las Hermandades que han venido de diversas partes del mundo. Gracias por vuestra presencia y vuestro testimonio.

1. Hemos escuchado en el Evangelio un pasaje de los sermones de despedida de Jesús, que el evangelista Juan nos ha dejado en el contexto de la Última Cena. Jesús confía a los Apóstoles sus últimas recomendaciones antes de dejarles, como un testamento espiritual. El texto de hoy insiste en que la fe cristiana está toda ella centrada en la relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Quien ama al Señor Jesús, acoge en sí a Él y al Padre, y gracias al Espíritu Santo acoge en su corazón y en su propia vida el Evangelio. Aquí se indica el centro del que todo debe iniciar, y al que todo debe conducir: amar a Dios, ser discípulos de Cristo viviendo el Evangelio. Dirigiéndose a vosotros, Benedicto XVI ha usado esta palabra: «evangelicidad». Queridas Hermandades, la piedad popular, de la que sois una manifestación importante, es un tesoro que tiene la Iglesia, y que los obispos latinoamericanos han definido de manera significativa como una espiritualidad, una mística, que es un «espacio de encuentro con Jesucristo». Acudid siempre a Cristo, fuente inagotable, reforzad vuestra fe, cuidando la formación espiritual, la oración personal y comunitaria, la liturgia. A lo largo de los siglos, las Hermandades han sido fragua de santidad de muchos que han vivido con sencillez una relación intensa con el Señor. Caminad con decisión hacia la santidad; no os conforméis con una vida cristiana mediocre, sino que vuestra pertenencia sea un estímulo, ante todo para vosotros, para amar más a Jesucristo.

2. También el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado nos habla de lo que es esencial. En la Iglesia naciente fue necesario inmediatamente discernir lo que era esencial para ser cristianos, para seguir a Cristo, y lo que no lo era. Los Apóstoles y los ancianos tuvieron una reunión importante en Jerusalén, un primer «concilio» sobre este tema, a causa de los problemas que habían surgido después de que el Evangelio hubiera sido predicado a los gentiles, a los no judíos. Fue una ocasión providencial para comprender mejor qué es lo esencial, es decir, creer en Jesucristo, muerto y



resucitado por nuestros pecados, y amarse unos a otros como Él nos ha amado. Pero notad cómo las dificultades no se superaron fuera, sino dentro de la Iglesia. Y aquí entra un segundo elemento que quisiera recordaros, como hizo Benedicto XVI: la «eclesialidad». La piedad popular es una senda que lleva a lo esencial si se vive en la Iglesia, en comunión profunda con vuestros Pastores. Queridos hermanos y hermanas, la Iglesia os quiere. Sed una presencia activa en la comunidad, como células vivas, piedras vivas. Los obispos latinoamericanos han dicho que la piedad popular, de la que sois una expresión es «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia» (*Documento de Aparecida*, 264). ¡Esto es hermoso! Una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia. Amad a la Iglesia. Dejaos guiar por ella. En las parroquias, en las diócesis, sed un verdadero pulmón de fe y de vida cristiana, aire fresco. Veo en esta plaza una gran variedad antes de paraguas y ahora de colores y de signos. Así es la Iglesia: una gran riqueza y variedad de expresiones en las que todo se reconduce a la unidad, la variedad reconducida a la unidad y la unidad es encuentro con Cristo.

3. Quisiera añadir una tercera palabra que os debe caracterizar: «misionariedad». Tenéis una misión específica e importante, que es mantener viva la relación entre la fe y las culturas de los pueblos a los que pertenecéis, y lo hacéis a través de la piedad popular. Cuando, por ejemplo, lleváis en procesión el crucifijo con tanta veneración y tanto amor al Señor, no hacéis únicamente un gesto externo; indicáis la centralidad del Misterio Pascual del Señor, de su Pasión, Muerte y Resurrección, que nos ha redimido; e indicáis, primero a vosotros mismos y también a la comunidad, que es necesario seguir a Cristo en el camino concreto de la vida para que nos transforme. Del mismo modo, cuando manifestáis la profunda devoción a la Virgen María, señaláis al más alto logro de la existencia cristiana, a Aquella que por su fe y su obediencia a la voluntad de Dios, así como por la meditación de las palabras y las obras de Jesús, es la perfecta discípula del Señor (cf. *Lumen gentium*, 53). Esta fe, que nace de la escucha de la Palabra de Dios, vosotros la manifestáis en formas que incluyen los sentidos, los afectos, los símbolos de las diferentes culturas... Y, haciéndolo así, ayudáis a transmitirla a la gente, y especialmente a los sencillos, a los que Jesús llama en el Evangelio «los pequeños». En efecto, «el caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador» (*Documento de Aparecida*, 264). Cuando vais a los santuarios, cuando lleváis a la familia, a vuestros hijos, hacéis una verdadera obra evangelizadora. Es necesario seguir por este camino. Sed también vosotros auténticos evangelizadores. Que vuestras iniciativas sean «puentes», senderos para llevar a Cristo, para caminar con Él. Y, con este espíritu, estad siempre atentos a la caridad. Cada cristiano y cada comunidad es misionera en la medida en que lleva y vive el Evangelio, y da testimonio del amor de Dios por todos, especialmente por quien se encuentra en dificultad. Sed misioneros del amor y de la ternura de Dios. Sed misioneros de la misericordia de Dios, que siempre nos perdona, nos espera siempre y nos ama tanto.

Autenticidad evangélica, eclesialidad, ardor misionero. Tres palabras, no las olvidéis: Autenticidad evangélica, eclesialidad, ardor misionero. Pidamos al Señor que oriente siempre nuestra mente y nuestro corazón hacia Él, como piedras vivas de la Iglesia, para que todas nuestras actividades, toda nuestra vida cristiana, sea un testimonio luminoso de su misericordia y de su amor. Así caminaremos hacia la meta de nuestra peregrinación terrena, hacia ese santuario tan hermoso, hacia la Jerusalén del cielo. Allí ya no hay ningún templo: Dios mismo y el Cordero son su templo; y la luz del sol y la luna ceden su puesto a la gloria del Altísimo. Que así sea.

---

**BENEDICTO XVI – Regina Caeli 2007 y 2010 – Homilía 2007**

**Regina Caeli 2007**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Desde hace algunos días ha comenzado el mes de mayo, que para muchas comunidades cristianas es el mes mariano por excelencia. Como tal, se ha convertido a lo largo de los siglos en una de las devociones más arraigadas en el pueblo, y lo valoran cada vez más los pastores como ocasión propicia para la predicación, la catequesis y la oración comunitaria.

Después del concilio Vaticano II, que subrayó el papel de María santísima en la Iglesia y en la historia de la salvación, el culto mariano ha experimentado una profunda renovación. Y al coincidir, al menos en parte, con el tiempo pascual, el mes de mayo es muy propicio para ilustrar la figura de María como Madre que acompaña a la comunidad de los discípulos reunidos en oración unánime, a la espera del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 12-14). Por tanto, este mes puede ser una ocasión para volver a la fe de la Iglesia de los orígenes y, en unión con María, comprender que también hoy nuestra misión consiste en anunciar y testimoniar con valentía y con alegría a Cristo crucificado y resucitado, esperanza de la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, os invito a orar a María santísima, para que todos los cristianos se sientan discípulos y misioneros de Cristo, camino, verdad y vida. Los desafíos del momento presente son numerosos y múltiples; por eso es importante que los cristianos se formen para ser “levadura” de bien y “luz” de santidad en nuestro mundo.

\*\*\*

### **Regina Caeli 2010**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Mayo es un mes amado y resulta agradable por diversos aspectos. En nuestro hemisferio la primavera avanza con un florecimiento abundante y colorido; el clima, normalmente, es favorable a los paseos y a las excursiones. Para la liturgia, mayo siempre pertenece al tiempo de Pascua, el tiempo del «aleluya», de la manifestación del misterio de Cristo en la luz de la resurrección y de la fe pascual; y es el tiempo de la espera del Espíritu Santo, que descendió con poder sobre la Iglesia naciente en Pentecostés. Con ambos contextos, el «natural» y el «litúrgico», armoniza bien la tradición de la Iglesia de dedicar el mes de mayo a la Virgen María. Ella, en efecto, es la flor más hermosa que ha brotado de la creación, la «rosa» que apareció en la plenitud de los tiempos, cuando Dios, enviando a su Hijo, dio al mundo una nueva primavera. Y es al mismo tiempo protagonista humilde y discreta de los primeros pasos de la comunidad cristiana: María es su corazón espiritual, porque su misma presencia en medio de los discípulos es memoria viva del Señor Jesús y prenda del don de su Espíritu.

El Evangelio de este domingo, tomado del capítulo 14 de san Juan, nos ofrece un retrato espiritual implícito de la Virgen María, donde Jesús dice: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (*Jn* 14, 23). Estas expresiones van dirigidas a los discípulos, pero se pueden aplicar en sumo grado precisamente a aquella que es la primera y perfecta discípula de Jesús. En efecto, María fue la primera que guardó plenamente la palabra de su Hijo, demostrando así que lo amaba no sólo como madre, sino antes aún como sierva humilde y obediente; por esto Dios Padre la amó y en ella puso su morada la Santísima Trinidad. Además, donde Jesús promete a sus amigos que el Espíritu Santo los asistirá ayudándoles a recordar cada palabra suya y a comprenderla profundamente (cf. *Jn* 14, 26), ¿cómo no pensar en María que en su corazón, templo del Espíritu, meditaba e interpretaba fielmente todo lo que su Hijo decía y hacía? De este modo, ya antes y sobre todo después de la Pascua, la Madre de Jesús se convirtió también en la Madre y el modelo de la Iglesia.

\*\*\*

## Homilía 2007

*Venerables hermanos en el episcopado;  
queridos sacerdotes y vosotros todos, hermanas y hermanos en el Señor:*

Considero un don especial de la Providencia que esta santa misa se celebre *en este tiempo y en este lugar*. El *tiempo* es el litúrgico del sexto domingo de Pascua: ya está cerca la fiesta de Pentecostés y la Iglesia es invitada a intensificar la invocación al Espíritu Santo. El *lugar* es el santuario nacional de Nuestra Señora Aparecida, corazón mariano de Brasil: María nos acoge en este *cenáculo* y, como Madre y Maestra, nos ayuda a elevar a Dios una plegaria unánime y confiada.

La primera lectura, tomada de los *Hechos de los Apóstoles*, se refiere al así llamado “Concilio de Jerusalén”, que afrontó la cuestión de si a los paganos convertidos al cristianismo se les debería imponer la observancia de la ley mosaica. El texto, dejando de lado la discusión entre “los Apóstoles y los ancianos” (*Hch* 15, 4-21), refiere la decisión final, que se pone por escrito en una carta y se encomienda a dos delegados, a fin de que la entreguen a la comunidad de Antioquía (cf. *Hch* 15, 22-29).

Esta página de los *Hechos de los Apóstoles* es muy apropiada para nosotros, que hemos venido aquí para una reunión eclesial. Nos habla del sentido del discernimiento comunitario en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino y que son aclarados por los “Apóstoles” y por los “ancianos” con la luz del Espíritu Santo, el cual, como nos narra el evangelio de hoy, recuerda la enseñanza de Jesucristo (cf. *Jn* 14, 26) y así ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. *Jn* 16, 13). Los jefes de la Iglesia discuten y se confrontan, pero siempre con una actitud de religiosa escucha de la palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (*Hch* 15, 28).

Este es el “método” con que actuamos en la Iglesia, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes. No es sólo una cuestión de modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo.

“Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...”. Esta es la Iglesia: *nosotros*, la comunidad de fieles, el pueblo de Dios, con sus pastores, llamados a hacer de guías del camino; junto con el *Espíritu Santo*, Espíritu del Padre enviado en nombre del Hijo Jesús, Espíritu de Aquel que es el “mayor” de todos y que nos fue dado mediante Cristo, que se hizo el “menor” por nuestra causa. Espíritu Paráclito, *Ad-vocatus*, Defensor y Consolador. Él nos hace vivir en la presencia de Dios, en la escucha de su Palabra, sin inquietud ni temor, teniendo en el corazón la paz que Jesús nos dejó y que el mundo no puede dar (cf. *Jn* 14, 26-27).

El Espíritu acompaña a la Iglesia en el largo camino que se extiende entre la primera y la segunda venida de Cristo: “Me voy y volveré a vosotros” (*Jn* 14, 28), dijo Jesús a los Apóstoles. Entre la “ida” y la “vuelta” de Cristo está el tiempo de la Iglesia, que es su Cuerpo; están los dos mil años transcurridos hasta ahora; están también estos poco más de cinco siglos en los que la Iglesia se ha hecho peregrina en las Américas, difundiendo en los fieles la vida de Cristo a través de los sacramentos y sembrando en estas tierras la buena semilla del Evangelio, que ha producido el treinta, el sesenta e incluso el ciento por uno. *Tiempo de la Iglesia, tiempo del Espíritu Santo*: Él es el Maestro que forma a los *discípulos*: los hace enamorarse de Jesús; los educa para que escuchen su palabra, para que contemplan su rostro; los configura con su humanidad bienaventurada, pobre de

espíritu, afligida, mansa, sedienta de justicia, misericordiosa, pura de corazón, pacífica, perseguida a causa de la justicia (cf. *Mt 5, 3-10*).

Así, gracias a la acción del Espíritu Santo, Jesús se convierte en el “camino” por donde avanza el discípulo. “El que me ama guardará mi palabra”, dice Jesús al inicio del pasaje evangélico de hoy. “La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado” (*Jn 14, 23-24*). Como Jesús transmite las palabras del Padre, así el Espíritu recuerda a la Iglesia las palabras de Cristo (cf. *Jn 14, 26*). Y como el amor al Padre llevaba a Jesús a alimentarse de su voluntad, así nuestro amor a Jesús se demuestra en la obediencia a sus palabras. La fidelidad de Jesús a la voluntad del Padre puede transmitirse a los discípulos gracias al Espíritu Santo, que derrama el amor de Dios en sus corazones (cf. *Rm 5, 5*).

El Nuevo Testamento nos presenta a Cristo como misionero del Padre. Especialmente en el evangelio de san Juan, Jesús habla muchas veces de sí mismo en relación con el Padre que lo envió al mundo. Del mismo modo, también en el texto de hoy. Jesús dice: “La palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado” (*Jn 14, 24*). En este momento, queridos amigos, somos invitados a fijar nuestra mirada en él, porque la misión de la Iglesia subsiste solamente en cuanto prolongación de la de Cristo: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (*Jn 20, 21*).

El evangelista pone de relieve, incluso de forma plástica, que esta transmisión de consignas acontece en el Espíritu Santo: “Sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo...”” (*Jn 20, 22*). La misión de Cristo se realizó en el amor. Encendió en el mundo el fuego de la caridad de Dios (cf. *Lc 12, 49*). El Amor es el que da la vida; por eso la Iglesia es enviada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos “tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn 10, 10*). También a vosotros, que representáis a la Iglesia en América Latina, tengo la alegría de entregaros de nuevo idealmente mi encíclica *Deus caritas est*, con la cual quise indicar a todos lo que es esencial en el mensaje cristiano.

La Iglesia se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. *1 Jn 4, 10*). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por “atracción”: como Cristo “atrae a todos a sí” con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en que, asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor.

Queridos hermanos y hermanas, este es el rico tesoro del continente latinoamericano; este es su patrimonio más valioso: la fe en Dios Amor, que reveló su rostro en Jesucristo. Vosotros creéis en el Dios Amor: esta es vuestra fuerza, que vence al mundo, la alegría que nada ni nadie os podrá arrebatar, la paz que Cristo conquistó para vosotros con su cruz. Esta es la fe que hizo de Latinoamérica el “continente de la esperanza”.

No es una ideología política, ni un movimiento social, como tampoco un sistema económico; es la fe en Dios Amor, encarnado, muerto y resucitado en Jesucristo, el auténtico fundamento de esta esperanza que produjo frutos tan magníficos desde la primera evangelización hasta hoy.

La segunda lectura nos ha presentado la grandiosa visión de la *Jerusalén celeste*. Es una imagen de espléndida belleza, en la que nada es simplemente decorativo, sino que todo contribuye a la perfecta armonía de la ciudad santa. Escribe el vidente Juan que esta “bajaba del cielo, enviada por Dios trayendo la gloria de Dios” (*Ap 21, 10*). Pero la gloria de Dios es el Amor; por tanto, la Jerusalén celeste es icono de la Iglesia entera, santa y gloriosa, sin mancha ni arruga (cf. *Ef 5, 27*), iluminada en el centro y en todas partes por la presencia de Dios-Caridad. Es llamada “novia”, “la

esposa del Cordero” (Ap 20, 9), porque en ella se realiza la figura nupcial que encontramos desde el principio hasta el fin en la revelación bíblica. La Ciudad-Esposa es patria de la plena comunión de Dios con los hombres; ella no necesita templo alguno ni ninguna fuente externa de luz, porque la presencia de Dios y del Cordero es inmanente y la ilumina desde dentro.

Este icono estupendo tiene un valor *escatológico*: expresa el misterio de belleza que ya constituye la forma de la Iglesia, aunque *aún no haya alcanzado su plenitud*. Es la meta de nuestra peregrinación, la patria que nos espera y por la cual suspiramos. Verla con los ojos de la fe, contemplarla y desearla, no debe ser motivo de evasión de la realidad histórica en que vive la Iglesia compartiendo las alegrías y las esperanzas, los dolores y las angustias de la humanidad contemporánea, especialmente de los más pobres y de los que sufren (cf. *Gaudium et spes*, 1).

Si la belleza de la Jerusalén celeste es la gloria de Dios, o sea, su amor, es precisamente y solamente en la caridad como podemos acercarnos a ella y, en cierto modo, habitar en ella. Quien ama al Señor Jesús y observa su palabra experimenta ya en este mundo la misteriosa presencia de Dios uno y trino, como hemos escuchado en el evangelio: “Vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23). Por eso, todo cristiano está llamado a ser piedra viva de esta maravillosa “morada de Dios con los hombres”. ¡Qué magnífica vocación!

Una Iglesia totalmente animada y movilizada por la caridad de Cristo, Cordero inmolado por amor, es la imagen histórica de la Jerusalén celeste, anticipación de la ciudad santa, resplandeciente de la gloria de Dios. De ella brota *una fuerza misionera irresistible*, que es *la fuerza de la santidad*.

Que la Virgen María alcance para América Latina y el Caribe la gracia de revestirse de la fuerza de lo alto (cf. Lc 24, 49) para irradiar en el continente y en todo el mundo la santidad de Cristo. A él sea dada gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

---

## DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

### CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

#### La oración de Cristo en la Última Cena

**2746** Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf Jn 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida “una vez por todas”, permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la Hora de Jesús sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

**2747** La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración “sacerdotal” de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su “paso” [pascua] hacia el Padre donde él es “consagrado” enteramente al Padre (cf Jn 17, 11. 13. 19).

**2748** En esta oración pascual, sacrificial, todo está “recapitado” en Él (cf Ef 1, 10): Dios y el mundo, el Verbo y la carne, la vida eterna y el tiempo, el amor que se entrega y el pecado que lo traiciona, los discípulos presentes y los que creerán en Él por su palabra, la humillación y su gloria. Es la oración de la unidad.

**2749** Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la Hora de Jesús llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación. Jesús, el Hijo a quien el Padre ha dado todo, se entrega enteramente al

Padre y, al mismo tiempo, se expresa con una libertad soberana (cf *Jn* 17, 11. 13. 19. 24) debido al poder que el Padre le ha dado sobre toda carne. El Hijo que se ha hecho Siervo, es el Señor, el «Pantocrátor». Nuestro Sumo Sacerdote que ruega por nosotros es también el que ora en nosotros y el Dios que nos escucha.

**2750** Si en el Santo Nombre de Jesús, nos ponemos a orar, podemos recibir en toda su hondura la oración que Él nos enseña: “¡Padre Nuestro!”. La oración sacerdotal de Jesús inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padre Nuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf *Jn* 17, 6. 11. 12. 26), el deseo de su Reino (la gloria; cf *Jn* 17, 1. 5. 10. 24. 23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su designio de salvación (cf *Jn* 17, 2. 4 .6. 9. 11. 12. 24) y la liberación del mal (cf *Jn* 17, 15).

**2751** Por último, en esta oración Jesús nos revela y nos da el “conocimiento” indisociable del Padre y del Hijo (cf *Jn* 17, 3. 6-10. 25) que es el misterio mismo de la vida de oración.

### **El Espíritu Santo, abogado/consolador**

**243** Antes de su Pascua, Jesús anuncia el envío de “otro Paráclito” (Defensor), el Espíritu Santo. Este, que actuó ya en la Creación (cf. *Gn* 1,2) y “por los profetas” (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano*: DS 150), estará ahora junto a los discípulos y en ellos (cf. *Jn* 14,17), para enseñarles (cf. *Jn* 14,16) y conducirlos “hasta la verdad completa” (*Jn* 16,13). El Espíritu Santo es revelado así como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre.

**388** Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo (cf. *Rm* 5,12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino “a convencer al mundo en lo referente al pecado” (*Jn* 16,8) revelando al que es su Redentor.

**692** Jesús, cuando anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama el “Paráclito”, literalmente “aquel que es llamado junto a uno”, *advocatus* (*Jn* 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). “Paráclito” se traduce habitualmente por “Consolador”, siendo Jesús el primer consolador (cf. *1 Jn* 2, 1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo “Espíritu de Verdad” (*Jn* 16, 13).

**729** Solamente cuando ha llegado la hora en que va a ser glorificado Jesús *promete* la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. *Jn* 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26): El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre. El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre, permanecerá con nosotros; nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de Él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo. En cuanto al mundo, lo acusará en materia de pecado, de justicia y de juicio.

**1433** Después de Pascua, el Espíritu Santo “conviene al mundo en lo referente al pecado” (*Jn* 16, 8-9), a saber, que el mundo no ha creído en el que el Padre ha enviado. Pero este mismo Espíritu, que desvela el pecado, es el Consolador (cf *Jn* 15,26) que da al corazón del hombre la gracia del arrepentimiento y de la conversión (cf *Hch* 2,36-38; Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 27-48).

**1848** Como afirma san Pablo, “donde abundó el pecado, [...] sobreabundó la gracia” (Rm5, 20). Pero para hacer su obra, la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón y conferirnos “la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro Señor” (Rm 5, 20-21). Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su Palabra y su Espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado:

*«La conversión exige el reconocimiento del pecado, supone el juicio interior de la propia conciencia, y éste, puesto que es la comprobación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: “Recibid el Espíritu Santo”. Así, pues, en este “convencer en lo referente al pecado” descubrimos una «doble dádiva»: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito» (DeV 31).*

### **La nueva Ley perfecciona la Ley antigua**

**1965** La Ley nueva o Ley evangélica es la perfección aquí abajo de la ley divina, natural y revelada. Es obra de Cristo y se expresa particularmente en el Sermón de la Montaña. Es también obra del Espíritu Santo, y por él viene a ser la ley interior de la caridad: “Concertaré con la casa de Israel una alianza nueva [...] pondré mis leyes en su mente, en sus corazones las grabaré; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Hb 8, 8-10; cf Jr 31, 31-34).

**1966** La Ley nueva es la *gracia del Espíritu Santo* dada a los fieles mediante la fe en Cristo. Actúa por la caridad, utiliza el Sermón del Señor para enseñarnos lo que hay que hacer, y los sacramentos para comunicarnos la gracia de realizarlo:

*«El que quiera meditar con piedad y perspicacia el Sermón que nuestro Señor pronunció en la montaña, según lo leemos en el Evangelio de san Mateo, encontrará en él sin duda alguna cuanto se refiere a las más perfectas costumbres cristianas, al modo de la carta perfecta de la vida cristiana [...] He dicho esto para dejar claro que este sermón es perfecto porque contiene todos los preceptos propios para guiar la vida cristiana» (San Agustín, De sermone Domine in monte, 1, 1, 1).*

**1967** La Ley evangélica “da cumplimiento” (cf Mt 5, 17-19), purifica, supera, y lleva a su perfección la Ley antigua. En las “Bienaventuranzas” *da cumplimiento a las promesas* divinas elevándolas y ordenándolas al “Reino de los cielos”. Se dirige a los que están dispuestos a acoger con fe esta esperanza nueva: los pobres, los humildes, los afligidos, los limpios de corazón, los perseguidos a causa de Cristo, trazando así los caminos sorprendentes del Reino.

**1968** La Ley evangélica *lleva a plenitud los mandamientos* de la Ley. El Sermón del monte, lejos de abolir o devaluar las prescripciones morales de la Ley antigua, extrae de ella sus virtualidades ocultas y hace surgir de ella nuevas exigencias: revela toda su verdad divina y humana. No añade preceptos exteriores nuevos, pero llega a reformar la raíz de los actos, el corazón, donde el hombre elige entre lo puro y lo impuro (cf Mt 15, 18-19), donde se forman la fe, la esperanza y la caridad, y con ellas las otras virtudes. El Evangelio conduce así la Ley a su plenitud mediante la imitación de la perfección del Padre celestial (cf Mt 5, 48), mediante el perdón de los enemigos y la oración por los perseguidores, según el modelo de la generosidad divina (cf Mt 5, 44).

**1969** La Ley nueva *practica los actos de la religión*: la limosna, la oración y el ayuno, ordenándolos al “Padre [...] que ve en lo secreto”, por oposición al deseo “de ser visto por los hombres” (cf Mt 6, 1-6; 16-18). Su oración es el Padre Nuestro (Mt 6, 9-13).

**1970** La Ley evangélica entraña la elección decisiva entre “los dos caminos” (cf Mt 7, 13-14) y la práctica de las palabras del Señor (cf Mt 7, 21-27); está resumida en *la regla de oro*: “Todo cuanto

queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros; porque ésta es la ley y los profetas” (Mt 7, 12; cf Lc 6, 31).

Toda la Ley evangélica está contenida en el “mandamiento nuevo” de Jesús (Jn 13, 34): amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado (cf Jn 15, 12).

**1971** Al Sermón del monte conviene añadir la *catequesis moral de las enseñanzas apostólicas*, como Rm 12-15; 1 Co 12-13; Col 3-4; Ef 4-5, etc. Esta doctrina transmite la enseñanza del Señor con la autoridad de los Apóstoles, especialmente exponiendo las virtudes que se derivan de la fe en Cristo y que anima la caridad, el principal don del Espíritu Santo. “Vuestra caridad sea sin fingimiento [...] amándoos cordialmente los unos a los otros [...] con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad” (Rm 12, 9-13). Esta catequesis nos enseña también a tratar los casos de conciencia a la luz de nuestra relación con Cristo y con la Iglesia (cf Rm 14; 1 Co 5, 10).

**1972** La Ley nueva es llamada *ley de amor*, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; *ley de gracia*, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; *ley de libertad* (cf St 1, 25; 2, 12), porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo “que ignora lo que hace su señor”, a la de amigo de Cristo, “porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15), o también a la condición de hijo heredero (cf Ga 4, 1-7. 21-31; Rm 8, 15).

**1973** Más allá de sus preceptos, la Ley nueva contiene los *consejos evangélicos*. La distinción tradicional entre mandamientos de Dios y consejos evangélicos se establece por relación a la caridad, perfección de la vida cristiana. Los preceptos están destinados a apartar lo que es incompatible con la caridad. Los consejos tienen por fin apartar lo que, incluso sin serle contrario, puede constituir un impedimento al desarrollo de la caridad (cf Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, 2-2, q. 184, a. 3).

**1974** Los consejos evangélicos manifiestan la plenitud viva de una caridad que nunca se ve contenta por no poder darse más. Atestiguan su fuerza y estimulan nuestra prontitud espiritual. La perfección de la Ley nueva consiste esencialmente en los preceptos del amor de Dios y del prójimo. Los consejos indican vías más directas, medios más apropiados, y han de practicarse según la vocación de cada uno:

«Dios no quiere que cada uno observe todos los consejos, sino solamente los que son convenientes según la diversidad de las personas, los tiempos, las ocasiones, y las fuerzas, como la caridad lo requiera. Porque es ésta la que, como reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos, y en suma de todas las leyes y de todas las acciones cristianas, da a todos y a todas rango, orden, tiempo y valor» (San Francisco de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, 8, 6).

## La Jerusalén celeste

**865** La Iglesia es *una, santa, católica y apostólica* en su identidad profunda y última, porque en ella existe ya y será consumado al fin de los tiempos “el Reino de los cielos”, “el Reino de Dios” (cf. Ap 19, 6), que ha venido en la persona de Cristo y que crece misteriosamente en el corazón de los que le son incorporados hasta su plena manifestación escatológica. Entonces *todos* los hombres rescatados por él, hechos en él “santos e inmaculados en presencia de Dios en el Amor” (Ef 1, 4), serán reunidos como el *único* Pueblo de Dios, “la Esposa del Cordero” (Ap 21, 9), “la Ciudad Santa que baja del Cielo de junto a Dios y tiene la gloria de Dios” (Ap 21, 10-11); y “la muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los *doce Apóstoles del Cordero*” (Ap 21, 14).



**869** *La Iglesia es apostólica: Está edificada sobre sólidos cimientos: los doce Apóstoles del Cordero (Ap 21, 14); es indestructible (cf. Mt 16, 18); se mantiene infaliblemente en la verdad: Cristo la gobierna por medio de Pedro y los demás Apóstoles, presentes en sus sucesores, el Papa y el colegio de los obispos.*

**1045** *Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era “como el sacramento” (LG 1). Los que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la Ciudad Santa de Dios (Ap 21, 2), “la Esposa del Cordero” (Ap 21, 9). Ya no será herida por el pecado, las manchas (cf. Ap 21, 27), el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua.*

**1090** *“En la liturgia terrena preparamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos un himno de gloria al Señor con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos participar con ellos y acompañarlos; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos con Él en la gloria” (SC 8; cf. LG 50).*

**1198** *En su condición terrena, la Iglesia tiene necesidad de lugares donde la comunidad pueda reunirse: nuestras iglesias visibles, lugares santos, imágenes de la Ciudad Santa, la Jerusalén celestial hacia la cual caminamos como peregrinos.*

**2016** *Los hijos de la Santa Madre Iglesia esperan justamente la gracia de la perseverancia final y de la recompensa de Dios, su Padre, por las obras buenas realizadas con su gracia en comunión con Jesús (cf Concilio de Trento: DS 1576). Siguiendo la misma norma de vida, los creyentes comparten la “bienaventurada esperanza” de aquellos a los que la misericordia divina congrega en la “Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, [...] que baja del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo” (Ap 21, 2).*

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Os doy mi paz**

El evangelista Juan, del que se han sacado los fragmentos, que estamos leyendo en estos Domingos después de Pascua, tiene un modo particular de exponer el pensamiento de Jesús, que se puede definir en espiral o como un tornillo. Una vez enunciado un tema, no lo agota para pasar después a otro; sino que vuelve de nuevo sobre él en varias reiteraciones añadiendo cada vez, sin embargo, un elemento nuevo y con alguna profundización. Imaginemos a uno que sube por una escalera de caracol hacia la cima de un campanario. A él le parece como girar sobre sí mismo; pero, en realidad, cada vez se encuentra un poco más arriba y divisa algo más lejano.

El tema, que se repite en el Evangelio de hoy, es el del amor: («El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él»); la novedad es el tema de la paz. Hemos reflexionado el Domingo pasado sobre el primero, ocupémonos esta vez del elemento nuevo, tanto más cuanto que se trata de una novedad a la que todos aspiramos: la paz.

*«La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo».*

¿De qué paz habla Jesús en este caso? No de la paz externa, consistente en la ausencia de guerras y conflictos entre personas o naciones distintas. En otras ocasiones, él habla también de esta paz; por ejemplo, cuando dice: «Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5,9). Aquí habla de otra paz, la interior, la del corazón, la de la persona consigo misma y con Dios. Esto se entiende por lo que inmediatamente añade a continuación:

«Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde».

Esto me obliga a olvidar, por una vez, el problema, aún tan molesto, de la paz entre los pueblos, las razas y las religiones, para hablar de la paz interior, que se decide en el corazón de cada uno de nosotros. Es la paz fundamental sin la cual no existe ninguna otra paz. Millones de millones de gotas de agua sucia no hacen un mar limpio y millones de millones de corazones agitados no hacen una humanidad en paz. Es, también, la paz a la que más ardientemente aspira cada ser humano. Si se hiciese una encuesta sobre lo que las personas desean en lo más profundo de su corazón, estoy seguro que teniendo tiempo para reflexionar la mayoría de ellas respondería: «¡Paz, un poco de paz!» Paz es, asimismo, lo que deseamos a las personas queridas que abandonan este mundo: *¡Requiescat in pace*, descansen en paz!

Pero, si se plantease una segunda pregunta: ¿Qué entiendes por paz? , ¿qué buscas cuando buscas la paz?, la respuesta no sería a su vez de inmediato. Nuestra reflexión sobre el Evangelio de hoy quisiera ayudarnos precisamente a ello. La palabra usada por Jesús es *shalom*. Con ella los hebreos se saludaban entre sí y aún ahora se saludan; con ella saludó él mismo a los discípulos la tarde de Pascua y con ella ordena saludar a la gente: «En la casa en que entréis, decid primero: ‘Paz a esta casa’. Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros» (Lucas 10,5-6). («Hijo de la paz» en hebreo es un modo de indicar al «hombre pacífico» o, mejor, al «apaciguado»).

Debemos, por ello, partir desde la Biblia para entender el sentido, que da Cristo a la paz. En la Biblia *shalom* dice más que la simple ausencia de guerras y de desórdenes. Indica positivamente bienestar, reposo, seguridad, éxito, gloria. A veces, es sinónimo de salvación y de bien: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia la salvación!» (Isaías 52,7). La nueva alianza es llamada una «alianza de paz» (Ezequiel 37, 26); el Evangelio «Evangelio de la paz» (Efesios 6, 15); como si en la palabra paz se resumiese todo el contenido de la alianza y del Evangelio. Al inicio de sus cartas, los apóstoles auguran siempre a los fieles: «Gracia y paz a vosotros». La Escritura habla directamente de «la paz de Dios» (Filipenses 4, 7) Y del «Dios de la paz» (Romanos 15,32). paz no indica, por lo tanto, sólo lo que Dios *da* sino también lo que Dios *es*. En un himno suyo, la Iglesia llama a la Trinidad: «océano de paz», y no es sólo una frase poética.

Esto nos dice que la paz de corazón, que todos deseamos, no se puede obtener nunca total y establemente sin Dios, fuera de él. San Agustín, que había buscado la felicidad y la paz por caminos distintos (el amor humano, la filosofía, la gloria), llegó al final a esta conclusión: «Tú nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansen en ti». Son incontables las personas que, después de él, han llegado a la misma conclusión y han repetido aquellas mismas palabras. Como el agua no cesa de correr, hasta que no se vuelve a unir en el mar, así nosotros hasta que no descanemos en Dios. Dante Alighieri ha sintetizado todo esto en aquel verso, que algunos consideran el más bello de toda la *Divina Comedia*: «En su voluntad está nuestra paz».

Como todas las cosas, que vienen de Dios, esta paz antes que un deber o una conquista nuestra es un don, una gracia. «Mi paz os *doy*», dice Jesús; no dice: «Conquistad la paz». Viniendo

de lo alto, esta paz no depende, por sí, de las situaciones externas, que pueden ser más o menos favorables. Gozo y tristeza, salud y enfermedad, pueden alternarse, ir y venir; pero, esta paz profunda del corazón no. El mar puede estar en la superficie o bien calmado o bien movido; pero, en su profundidad está siempre tranquilo.

Es precisamente en estos casos cuando se experimenta la diversidad de esta paz, «no como la da el mundo». Pablo la llama «la paz de Dios, que supera toda inteligencia» (*Filipenses 4, 7*) Y que no tiene explicación humana. Quizás todos hemos quedado impresionados al ver a una persona conservar una gran paz y serenidad en situaciones en las que de costumbre se piensa encontrar sólo angustia y temor.

Jesús hace entender qué se opone a esta paz: la turbación, el ansia, el miedo: «Que no tiemble vuestro corazón». ¡Es fácil decirlo!, objetará alguno. ¿Cómo calmar el ansia, la inquietud, el nerviosismo que nos devora a todos y nos impide gozar un poco de paz? Algunos por temperamento están más expuestos que otros a estas cosas. Si hay un peligro lo engrandecen, si hay una dificultad la multiplican por cien. Todo llega a ser motivo de preocupación.

El Evangelio no promete un «sanalotodo» para estos males; en cierta medida forman parte de nuestra condición humana, expuestos como estamos a fuerzas y amenazas mucho más grandes que nosotros. Pero, un remedio lo revela. El capítulo, del que está sacado el fragmento evangélico de hoy, comienza así: «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí» (*Juan 14, 1*). El remedio es la confianza en Dios.

Frecuentemente, en la Escritura Dios viene comparado a una roca: «En Yahvé tenéis una Roca eterna» (*Isaías 26,4*). «Pero, la roca de mi corazón es Dios», dice un salmo (*Salmo 73,26*). Esta audaz imagen tiene la finalidad de infundir confianza en la criatura, arrojando los miedos de su corazón. «Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro. Por eso no tememos aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar» (*Salmo 46,2-3*). La finalidad de la fe, según la palabra que se lee en Isaías, es darnos «estabilidad o firmeza»: «Si no os afirmáis en mí no seréis firmes» (*Isaías 7,9*). ¿Para qué nos sirve tener una fe y tener a un Dios si no nos sirve para esto?

Después de la última guerra, fue publicado un libro titulado: *Últimas cartas desde Stalingrado*. Eran cartas de soldados alemanes prisioneros en la bolsa de Stalingrado, que habían partido con el último convoy antes del ataque final del ejército ruso, en el que todos perecieron, y fueron reencontradas una vez terminada la guerra. En una de ellas, un joven soldado escribía a sus padres: «No tengo miedo a la muerte. ¡Mi fe me da esta bella seguridad!»

Sería instructivo establecer una comparación entre el concepto cristiano de paz y el del budista *nirvana*. En el actual contexto de diálogo entre las religiones y de globalización de la cultura no podemos desinteresarnos de lo que piensan millones de otros seres humanos, que viven en nuestro mismo planeta y hoy, a veces, en la puerta o en la iglesia vecina. *Nirvana* viene interpretado como la negación y el fin de todo sufrimiento y angustia, como el apagarse de los deseos, en particular de las ganas de vivir; *paz* (que proviene de la misma raíz de *apagarse*) indica no la extinción sino la realización de todos los deseos; es una afirmación, no una negación. Pero, los dos ideales no son incompatibles entre sí y tales de excluir una fecunda comparación. El *nirvana* muestra el aspecto negativo de la paz y la paz el aspecto positivo del *nirvana*. Lo que los budistas llaman la Nada no es para nosotros los cristianos más que el vacío y la expectativa que espera ser rellenada por el Todo, que es Dios Padre revelado por Jesucristo. Con palabras y por caminos distintos posiblemente todos tendemos, cristianos y budistas, a la misma meta.

Ahora sabemos qué nos deseamos unos a otros cuando, apretándonos la mano, nos intercambiamos en la Misa el deseo de paz. Nos deseamos unos a otros el bienestar, la salud, unas buenas relaciones con Dios, con nosotros mismos y con el prójimo. En suma, tener el corazón colmado de la «paz de Cristo que sobrepasa toda inteligencia».

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **La vida futura**

Podemos amar a Dios. He aquí la gran verdad que dignifica la vida del hombre por encima de cualquier otra circunstancia que pudiera ennoblecerla. Podemos amar a Dios, y Jesucristo nos ha revelado cómo hacerlo a partir de su venida: los Evangelios vienen a ser una larga aclaración de lo que somos y estamos destinados a ser por voluntad de Dios, nuestro Creador y Señor.

Amar a Dios es, según las palabras de san Juan que hoy consideramos, una posibilidad para cada uno. Llega a ser efectivo sólo si queremos, si nos decidimos por Dios: **si alguno me ama...** La expresión de Jesús, que nos ama entrañablemente entregándose por el mundo, nos conmueve. No quiere imponerse. Debe ser una decisión de cada uno, un querer nuestro el amarle. El ama **hasta el fin**, había dicho a sus discípulos poco antes de pronunciar las palabras que hoy consideramos. Y les explica ahora lo que supondrá el amor de Dios para quien le acoja: **mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él**. No cabe pensar en mayor intimidad ni en mayor donación. No es posible correspondencia más generosa: a nuestro amor –siempre pobre, por grande y rendido que sea– Dios responde enriqueciéndonos consigo mismo, tesoro del todo inapreciable.

Pero consideremos hoy de modo expreso, que el amor nuestro a ese Dios, capaz de inundarnos de Sí mismo, no debemos presuponerlo fácilmente, ni es real en cada uno sólo con la intención de amarle. **Si alguno me ama, guardará mi palabra (...). El que no me ama, no guarda mis palabras**, dijo a los discípulos, y nos ha dicho a los cristianos de todos los tiempos. “Obras son amores”, se suele decir. Para que no nos engañemos pensando que realmente amamos con sentimentalismos ineficaces, estériles; que podrían conmovernos, sí, y hasta consolarnos, pero aportarían poco a quien pretendemos querer, si no se acompañan de la entrega generosa de nosotros mismos.

Es necesario que hoy y siempre nos preguntemos si nuestras disposiciones y obras finalmente manifiestan que **guardamos** la palabra del Señor. Miremos lo que hemos hecho y cómo lo hicimos. Enseguida nos vendrá la respuesta al por qué de esa actuación, precisamente así. Si queremos otra cosa y no tanto agradar a Dios en cada instante, querremos rectificar, con ayuda de la Gracia, porque desde el fondo del corazón, sinceramente, reconocemos que no se cumple así la voluntad de Dios.

Jesús se remite al Padre. Invoca para sus discípulos la autoridad de su Padre, aunque sea igual a Él en dignidad y poder. Y al Espíritu Santo, el Paráclito que el Padre enviará en su nombre: **Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho**. Por su acción tendremos ocasión de ver a los Apóstoles audaces, entusiasmados, hasta padecer, si era preciso, por Cristo y por su doctrina. Es la acción misteriosa pero notoria de Dios en su criatura, a la que ama paternalmente: a nosotros; mientras nos debatimos, dialogando tal vez con la comodidad, la vanidad, la sensualidad...; y también con el deseo contrario –sincero, por otra parte– de agradar a Dios, amándole, con nuestra vida.

Es tanto el desvelo de Dios por sus hijos que no tenemos derecho a estar tristes, cualquiera que sean las circunstancias por las que pasamos. Siempre, en todo momento, podremos vivir,

“enseñados” y “recordados” por el Espíritu Santo, de la gran verdad que dignifica la vida humana por encima de cualquier otra. No queramos conformarnos con menos. Reaccionemos prontamente, si notamos que nos mueven otros estímulos ajenos al amor que Dios nos tiene. Reconozcamos, con un tozudo recuerdo, una y otra vez si es preciso, que tenemos a todo un Dios Padre a nuestro favor. Nos llenaremos de optimismo sobrenatural, porque nada de este mundo podrá vencernos, por poderoso y evidente que parezca, si es contrario a los planes divinos. Dios no pierde batallas, y tampoco el cristiano que vive de su Palabra por la acción del Espíritu Santo.

¡Qué lógicas nos parecen, por eso, las palabras que dirige Jesús a sus discípulos después de hablarles del amor de Dios, según relata san Juan! Les otorga su paz. Una paz de verdad. Una paz que podríamos calificar de incontestable. No la paz del compromiso, como es con tanta frecuencia la paz entre los hombres: consecuencia del equilibrio entre fuerzas enfrentadas. **No os la doy como la da el mundo**, les dice. Porque con el Señor estamos seguros para siempre. La verdad y el bien en Él son eternos y no hay poder, ni en el mundo ni fuera de él, capaz de vencerle.

Contemplemos si no a Santa María, nuestra Madre. Nada la aparta de Dios, siendo su esclava, deseando que en Ella se hiciera según su Palabra. Así es Reina del Cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, corredentora por su unión con la Pasión de su Hijo; omnipotencia suplicante ante el Creador.

---

## **PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))**

### **El Espíritu Santo que el Padre enviará**

En estos últimos domingos la liturgia nos hizo escuchar fragmentos del discurso de despedida de Jesús; en ellos notamos constantemente el entrecruzamiento de cuatro presencias: Jesús, el Padre, el Espíritu Santo “y los discípulos”. Hoy es necesario que fijemos nuestra atención en una de estas presencias: la del Espíritu Santo. Nos invita a hacerla el mismo Jesús con estas palabras del Evangelio: *Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi Nombre, les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho.*

Hay asimismo otra razón para esta elección: no podemos limitar la idea del Espíritu Santo a un solo domingo del ciclo; también Pentecostés necesita su “adviento”, o sea, un tiempo de espera y preparación que nos prepare para recibir, cuando venga, a ese “supremo don de Dios”.

Desde esta perspectiva, Pentecostés resulta la continuación de la Pascua: Jesús se sustrae a los suyos “según la carne”, pero para permanecer con ellos “según el Espíritu” (cf. Rom. 1,3-4; 2 Cor 5,6): *Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes* (Jn. 16,7); *Si me amaran, se alegrarán de que vuelva junto al Padre* (Evangelio de hoy). Esta segunda presencia es mejor que la primera por ser universal (o sea, ya no limitada en el espacio y el tiempo solamente a Palestina), por ser interior y por ser eficaz.

En el discurso de Jesús, el Espíritu Santo aparece como nexo constante que vincula, por un lado, a Jesús con el Padre, y por el otro, a Jesús con los discípulos: *Yo rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito...* (Jn. 14,16). *El Paráclito que yo les enviaré desde el Padre* (Jn. 15,26). *Él recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes* (Jn. 16,14). El Espíritu Santo es visto en la vida íntima de la Trinidad, como el que procede del Padre y el Hijo y constituye la comunión inefable entre el Padre y el Hijo; o en la vida del creyente donde instalará su morada, transformándose en luz, consuelo y maestro interior; o en la vida de la Iglesia en la que será testimonio viviente de Jesús (cf. Jn.

14,26;15,26), la guía interior para el descubrimiento de toda la verdad (cf. Jn. 16,13) y la fuerza para oponerse al mundo malvado, convenciéndolo del pecado (cf. Jn. 16,8 ssq.).

Con la elección de la primera lectura (*El Espíritu Santo y nosotros mismos hemos decidido...*), la liturgia parece querer volver a llamar nuestra atención precisamente hacia este tercer ámbito relacionado con el Espíritu Santo y la Iglesia: el Espíritu Santo guía a la Iglesia en sus máximas decisiones y la ayuda a mantenerse unida. (Se trata del Concilio de Jerusalén, en el cual se estableció la regla para una convivencia pacífica entre paganos y judíos en la Iglesia). Hoy, no obstante, no querría reflexionar tanto sobre la presencia del Espíritu Santo en un ámbito particular, cuanto ver lo que el Espíritu Santo es en cada uno de esos tres ámbitos: en la Trinidad, en nosotros y en la Iglesia. Descubrir los aspectos más existenciales —“para nosotros”— del Espíritu Santo, dejándonos guiar por un maestro insuperable en este camino, por san Agustín (cf. *De Trinitate*, XV).

En el Nuevo Testamento vemos que hay tres cosas atribuidas con particular insistencia al Espíritu Santo: el Espíritu Santo es don, el Espíritu Santo es *comunión*, el Espíritu Santo es *alegría*.

¡El Espíritu Santo es *don*! Basta pronunciar esta palabra, para que, a través de la Biblia, se enciendan muchos puntos luminosos que se atraen mutuamente hasta formar un haz único de luz. Jesús dice a la Samaritana: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú misma se lo hubieras pedido y él te habría dado agua viva*” (Jn. 4, 10). ¿Cómo hacemos nosotros para saber que ese “don de Dios” indica justamente al Espíritu Santo? Lo leemos un poco más adelante en el mismo Evangelio de Juan: *El que tenga sed, venga a mí y beba... Él se refería al Espíritu que debían recibir los que creyeran en él* (Jn. 7, 37-39). El don es el agua viva y ¡el agua viva es el Espíritu! A su vez, el apóstol Pablo dice que Jesús, al ascender al cielo, *repartió dones a los hombres* (Ef. 4,8); ¿pero qué es lo que Cristo dio a los hombres después de su ascensión al cielo, si no, justamente, el Espíritu Santo que derramó en Pentecostés sobre sus discípulos? Es ese el único, inmenso y gran Don que, cayendo sobre la Iglesia, se fragmenta en muchos dones distintos que son los carismas, como la luz que, según los cuerpos sobre los cuales cae, suscita colores distintos. El Don único se divide en tantos dones para volver a recomponerse como unidad en la Iglesia, para la cual son dados todos los dones. Ocurre como con la Eucaristía: el pan que contiene el cuerpo de Cristo es fragmentado para ser repartido; pero luego vuelve a reunirse para formar de nuevo un solo pan más grande que es la Iglesia.

En la Escritura, entonces, el Espíritu Santo es llamado “el don de Dios”. Pero también es llamado *comunión* (cf. 2 Cor. 13,13). Ante todo, *comunión* del Padre y el Hijo entre sí; en la Trinidad, sólo el Espíritu Santo lleva un nombre común a las tres Personas divinas, porque todo en Dios es “Espíritu” y todo es “santo”, mientras que no todo puede llamarse Padre y tampoco todo Hijo. Él es el Espíritu de ambos, el Padre y el Hijo, como enseña la misma Escritura cuando llama al Espíritu Santo “Espíritu del Padre o de Dios” o “Espíritu de su Hijo Jesucristo”. El Espíritu Santo es, pues, la *comunión* del Padre y el Hijo entre ellos, el origen de toda *comunión* y de toda *comunidad*. Justamente por este motivo trinitario es también *comunión* entre nosotros y Dios: “El Padre y el Hijo han querido que tengamos *comunión* entre nosotros y con ellos por medio de lo que es común en su seno y han querido reunirnos en *unidad* por ese mismo don que tienen en común entre ellos” (san Agustín, Ser. 71.12,18; PL 38,454).

La *comunión* personal con Dios y la *eclesial* entre nosotros se originan todas en la fuente única que es el Espíritu; se originan en la *comunión* trinitaria. La expresión: “En la *unidad* del Espíritu Santo” que escuchamos en la liturgia expresa, en forma de oración, esta visión y significa: en la *unidad* que es el mismo Espíritu Santo.

En tercer lugar, el Espíritu Santo es gozo, alegría. La prueba de esto también está en la Escritura: *Los discípulos, por su parte, quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo* (Hech. 13, 52); *El Reino de Dios es cuestión de gozo en el Espíritu Santo* (Rom. 14,17); *El fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz* (Gal. 5,22). El consuelo que es una modalidad de la alegría (¡la alegría en la tristeza!) pertenece hasta tal punto al Espíritu Santo que Jesús lo transforma en su nombre propio: ¡el Paráclito! También esta prerrogativa descende de la vida íntima de la Trinidad: “El inefable abrazo del Padre y el Hijo contiene gozo, amor y alegría. Este afecto, este placer, esta felicidad, en la Trinidad es el Espíritu Santo. Él es la suavidad del generador y el generado e inunda con su liberalidad y su inmensa abundancia a todas las creaturas según su capacidad” (san Agustín, *De Trin.* VI, 10,11). El Espíritu Santo —para decirlo con san Agustín— es ese “río de Dios” (cf. Sa1.46) que descende de lo alto, de la Trinidad, y que “con sus arroyos alegra la ciudad de Dios”, o sea la Iglesia (*De Spir. S.* III, 155ssq.).

Estos tres rasgos distintivos del Espíritu Santo tomados de la Escritura —don, comunión, alegría— convergen hacia una realidad que los contiene: ¡el amor! El don es signo de amor; Pablo llama al amor el don (carisma) más alto, sin el cual todos los demás dones, por sublimes que sean, como hablar la lengua de los ángeles, no sirven para nada (cf. 1 Cor. 13, 3ssq.); más aún, el Espíritu Santo no es llamado propiamente Don sino por el amor. También la comunión es efecto del amor y no tendría ningún contenido si estuviera separada de él; la comunión es repartición y circulación de amor entre más personas dotadas de inteligencia y libertad. Finalmente, ¿de qué procede la alegría si no del amar y ser amados? El amor es el peso que nos atrae hacia el lugar de nuestro descanso, o sea hacia la satisfacción y la alegría: todos somos arrastrados por el peso de nuestro deseo (cf. san Agustín, Conf XIII,9).

Pero si todo lo que se nos dice del Espíritu Santo en la Escritura converge hacia el amor, entonces, es hora de que demos el paso decisivo y abramos los ojos a la gran revelación: el Espíritu Santo es el Dios del cual habla el Nuevo Testamento cuando dice: *¡Dios es amor!* (Jn. 4, 8.16). Ciertamente, en Dios todo es amor; pero el Espíritu Santo es amor en sentido propio, personal, no sólo natural; de él se dice exactamente lo mismo que se dice del amor, o sea, que “procede de Dios” (cf. 1 Jn. 4,7): “procede”, no: es generado.

¿Qué es entonces —o mejor, quién es— ese amor de Dios que en el Bautismo fue derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo? (cf. Rom. 5,5)? ¡Simplemente el Espíritu Santo mismo! Él no derrama nada extraño, sino a sí mismo; no una cosa, sino una persona: *Él permanece con ustedes y estará en ustedes* (Jn. 14,17). Aquí no se trata, al menos primariamente, de nuestro amor por Dios, sino del amor que Dios tiene hacia nosotros; no de un amar, sino más bien de un ser amados (cf. Jn. 4,10).

Por lo tanto, en el Espíritu Santo amamos a Dios; él se identifica a tal punto con nosotros que asume nuestra voz misma y grita: *¡Abba, Padre!* (un grito destinado a nosotros, pero no a él que no es “hijo” del Padre, sino que sólo “procede” del Padre); sin él, quienquiera que le grite a Dios: *¡Abba!* y quienquiera que le grite a otro hombre: *¡Hermano!* grita en el vacío.

El Espíritu Santo es el “lugar” del amor de Dios y del amor al prójimo (¡uno no puede estar sin el otro!); los dos máximos mandamientos están reunidos en él que es, por eso, la ley nueva, “ley espiritual” e interior. En Pentecostés, los judíos celebraban la fiesta del otorgamiento de la ley (cf. Ex. 19,1ssq.); en el mismo día, nosotros celebramos la venida del Espíritu Santo. En eso se mide la distancia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: allí, la ley escrita en tablas de piedra que no hace más que revelar el pecado; aquí, la ley escrita en el corazón que permite, no sólo ver el bien, sino también hacerla.

Para terminar, ¿qué es entonces el Espíritu Santo “para nosotros” que nos habíamos propuesto descubrir hoy? Es el “corazón nuevo” (cf. Ez. 11,19), el corazón de carne dado al hombre redimido por Cristo para que sea capaz de hacerse amar por Dios, de amar a Dios y de amar a sus hermanos. Para nosotros es, verdaderamente, el “don máximo”, don que encierra todas las posibilidades de comunión y alegría.

¡Qué tristeza —¡y qué responsabilidad!— si, después de esto, no sabemos amar, no sabemos hacer la comunión y no sabemos vivir en la alegría!

---

**BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

***Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II***

**Homilía en la parroquia de Santa Mónica (Ostia) (8-V-1983)**

**– Fidelidad al Evangelio**

La lectura de hoy del Evangelio de San Juan hace referencia al discurso de adiós del Cenáculo el Jueves Santo, cuando Cristo anunció su partida a los Apóstoles para prepararles a este hecho.

Al anunciar su marcha de esta tierra a los Apóstoles, Cristo dice así: “El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23). Pensad en el significado y fuerza de la enseñanza que transmitió Cristo durante su misión mesiánica en la tierra. Dicha enseñanza nos une perennemente no sólo a nuestro Redentor, sino también al Padre: “La palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió” (Jn 14,24).

Por tanto con la fuerza de esta enseñanza el Padre viene a quienes la siguen, viene a la Iglesia el Hijo junto con el Padre y el Padre junto con el Hijo.

La fidelidad a la enseñanza que nos ha transmitido Cristo es la fuente de la relación vivificante con el Padre a través del Hijo.

Dejada la tierra, Cristo sigue en unión constante con su Iglesia a través de la enseñanza transmitida a los Apóstoles.

Por esto precisamente es tan fundamental para la Iglesia observar con fidelidad dicha enseñanza. De este empeño rinde testimonio el primer Concilio Apostólico. El afán de los sucesores de los Apóstoles no es otro que el de que la Iglesia se mantenga en la enseñanza que Cristo le transmitió y que a través de la fidelidad a la enseñanza “moren” en la comunidad de los fieles el Padre junto con el Hijo.

**– La función del Espíritu Santo**

El segundo pensamiento del Evangelio de hoy está relacionado con el Espíritu Santo: “Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14,26).

De modo que por segunda vez oímos hablar de “enseñanza”. Sabemos ya cuál es el significado de esta enseñanza verdadera transmitida por Cristo a la Iglesia a fin de unirla con el Padre y el Hijo. Esta enseñanza y esta doctrina han sido confiadas a los Apóstoles y a sus sucesores. Pero al mismo tiempo el Espíritu Santo que manda el Padre en nombre del Hijo custodia a la manera divina la misma doctrina y su misma enseñanza. El Espíritu enseña a la Iglesia de modo invisible y



conserva en la memoria y en la enseñanza de la Iglesia todo lo que Cristo transmitió a los hombres de parte del Padre.

Por medio de lo que es el Espíritu Santo junto a la Iglesia y a través de la ayuda que El presta a su enseñanza, el Padre y el Hijo pueden “morar” siempre en las almas de los fieles.

**– El Espíritu Santo, “morada en las almas”**

El tercer pensamiento del Evangelio nos habla de la marcha del Maestro que podía levantar inquietud y temor en el corazón de los Apóstoles. Cristo sale al encuentro de tal inquietud y temor diciendo: “Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde” (Jn 14,27). Y al mismo tiempo les da seguridad:

“Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde” (Jn 14,27).

Les da la paz cuando son ya inminentes los acontecimientos que les iban a sacudir hondamente.

Les da esa paz que el “mundo no puede dar”, precisamente gracias al hecho de que Él se va al Padre. Esta marcha es el comienzo de la nueva venida del Espíritu Santo:

“Habéis oído que os he dicho: “Me voy y volveré a vosotros.” Si me amarais, os alegraríais de que me fuera al Padre, porque el Padre es más grande que yo” (Jn 14,28).

Esta separación marca el comienzo de la venida permanente de Cristo en el Espíritu Santo.

A quien sigue sus enseñanzas viene el Padre junto con el Hijo y ambos establecen su morada en ellos.

Y el Espíritu Santo, custodiando esta enseñanza en la inteligencia y en el corazón de los discípulos, hace que Cristo esté siempre con su Iglesia. Y el Padre está siempre con ella por medio de Cristo.

Precisamente en esto reside la fuente de la paz de la Iglesia aun en las experiencias, sobresaltos y persecuciones más fuertes. A veces el corazón humano se altera y teme, pero la Iglesia se mantiene en la paz divina que le dio Cristo a la hora de partir.

Y todos los días en la Santa Misa, la Iglesia recuerda esta paz. Pide esta paz para sí y para los hombres.

Esta paz es también un gustar anticipado de la paz perfecta y felicidad de la Ciudad Santa de que se habla en la segunda lectura. Dicha Ciudad Santa, la Jerusalén que desciende de Dios, contiene en sí la plenitud de la gloria divina. Es asimismo el destino eterno del hombre y la realización cumplida de la Iglesia terrena.

Oremos ardentemente con las palabras del Salmista: “El Señor tenga piedad y nos bendiga,/ ilumine su rostro sobre nosotros;/ conozca la tierra tus caminos,/ todos los pueblos tu salvación” (Sal 66(67)).

\*\*\*

***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

No hay amor sincero a Dios allí donde no se cumplen sus mandamientos. Esta es también la condición para que el Espíritu del Señor more en nosotros: “El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él”. Estamos invitados a vivir inmersos en la

claridad de la gloria de Dios un día, y ya ahora sostenidos por la fuerza de su presencia dentro de nosotros.

“Dios nos ha dado, enseña S. Cirilo de Jerusalén, un gran protector... Él no se cansa de buscar a cuantos son dignos de Él, y derrama sobre ellos sus dones”. El Espíritu Santo que habita en nosotros desde el día de nuestro Bautismo “será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho”, dice el Señor. Él nos hablará silenciosa y respetuosamente al corazón despertando nuestra conciencia adormecida, clarificando la inteligencia y robusteciendo la voluntad para transitar por la senda auténtica, la que conduce a la paz verdadera, no “la del mundo”, la mundana, sanchopancesca y perecedera.

Si fuéramos más sensibles a esta callada y amorosa presencia del Espíritu Santo en nosotros, nos sentiríamos más seguros y fuertes, más generosos, más pacientes y serviciales, más alegres, más libres, porque “donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Co 3,17). “¿Por qué sentirnos solos, si el Espíritu Santo nos acompaña? ¿Por qué sentirnos inseguros o angustiados, si el Paráclito está pendiente de nosotros y de nuestras cosas?” (F. F. Carvajal).

Quien se sabe protegido por esta misteriosa Presencia irá poco a poco beneficiándose de sus frutos: “caridad, alegría, paz, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia” (Gal 5,22-23). ¡No estamos solos! “Todos nosotros... hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1 Co 12,13). Entramos así en comunión con la Iglesia de todos los tiempos y lugares, beneficiándonos de los méritos ganados por tantos hermanos nuestros y sintiéndonos obligados, como miembros de un misma familia.

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

*«El Espíritu Santo os irá recordando lo que os he dicho»*

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Hch 15, 1-2. 22-29: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables

Sal 66,2-3.5.6 y 8: ¡Oh Dios!, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben

Ap 21, 10-14.22-23: Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo

Jn 14, 23-29: El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho

#### **II. LA FE DE LA IGLESIA**

«El fin último de toda la economía divina es la entrada de las criaturas en la unidad perfecta de la Bienaventurada Trinidad. Pero desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad: “Si alguno me ama, dice el Señor, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 23)» (260).

«Jesús promete la venida del Espíritu Santo... El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús... El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre... nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo» (729).

#### **III. TESTIMONIO CRISTIANO**

«... Sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo se logra por el Espíritu Santo (San Ireneo)» (683).

#### **IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA**

##### **A. Apunte bíblico-litúrgico**

Tres consignas en este Domingo para el tiempo de la Iglesia:

El cumplimiento de la Palabra y la inhabitación de la Trinidad: El Padre amó al mundo en la encarnación del Hijo y lo sigue amando al habitar con el Hijo y el Espíritu en la Iglesia y en los fieles.

El Don del Espíritu: para comprender y penetrar en el Evangelio. El Espíritu es «el maestro interior». «Entra hasta el fondo del alma/... Mira el vacío del hombre/ Si tú le faltas por dentro».

La paz en la ausencia visible del Resucitado: la «paz» evangélica es más que sosiego; refleja, además, plenitud y felicidad («bienaventuranza»).

##### **B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica**

*La fe:*

La acción trinitaria en el hombre: 257-260; 265; 1996-1999; 2003-2005.

«El Espíritu Santo intérprete de la Escritura»: 1093-1095; 1099-1103.

La paz (felicidad) del corazón, don divino: 1720-1724; 2302-2306.

*La respuesta:*

La bendición, la adoración y la alabanza a la Stma. Trinidad: 2626-2628; 2639.

La comprensión de la Palabra, «según el Espíritu»: 111-117; 128-130; 134; 137 y 140.

##### **C. Otras sugerencias**

Necesitamos más del gozo pascual que de la abnegación cuaresmal, aun cuando ésta sea imprescindible para aquélla.

El Tiempo de Pascua es el Tiempo de la consolación de Dios, si el fiel bebe reposadamente en la espiritualidad de la Iglesia.

---

#### **HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

##### **Somos Templos de Dios (Lunes de la V Semana de Pascua: Jn 14, 21-26)**

**– La inhabitación de la Trinidad en el alma. Buscar a Dios en nosotros mismos.**

**I.** El Evangelio nos muestra con frecuencia la confianza que tenían los Apóstoles con Jesús: le preguntan acerca de lo que no entienden y de aquellas cosas que les resultan oscuras. El Evangelio de la Misa de hoy recoge una de estas preguntas que, sobre todo al final de la vida del Señor, debieron de ser frecuentes.

El Señor les ha dicho: *El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él*<sup>1</sup>. En tiempos del Señor, era creencia común entre los judíos que cuando llegara el Mesías se manifestaría a todo el mundo como Rey y Salvador<sup>2</sup>. Los Apóstoles han entendido las palabras de Jesús como referidas a ellos, a los íntimos, a los que le aman. Judas Tadeo –que ha comprendido bien la enseñanza– le pregunta: *Señor, ¿y qué ha pasado para que tú te vayas a manifestar a nosotros y no al mundo?*

En el Antiguo Testamento Dios se había manifestado en diversas ocasiones y de diversos modos, y había prometido que habitaría en medio de su pueblo<sup>3</sup>. Pero aquí el Señor se refiere a una presencia muy distinta: es la presencia en cada persona que le ame, que esté en gracia. *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré y vendremos a él y haremos morada en él*<sup>4</sup>. ¡Es la presencia de la Trinidad en el alma que haya renacido por la gracia! Esta será una de las enseñanzas fundamentales para la vida cristiana, repetida por San Pablo: *Porque vosotros sois templos de Dios vivo*<sup>5</sup>, dice a los primeros cristianos de Corinto.

San Juan de la Cruz, citando este pasaje, comenta: “¿Qué más quieres, ¡oh alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción (...), tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca”<sup>6</sup>.

Debemos aprender a tratar cada vez más y mejor a Dios, que mora en nosotros. Nuestra alma, por esa presencia divina, se convierte en un pequeño cielo. ¡Cuánto bien nos puede hacer esta consideración! En el momento del Bautismo vinieron a nuestra alma las tres Personas de la Beatísima Trinidad con el deseo de permanecer más unidas a nuestra existencia de lo que puede estar el más íntimo de los amigos. Esta presencia, del todo singular, sólo se pierde por el pecado mortal; pero los cristianos no debemos contentarnos con no perder a Dios: debemos buscarle en nosotros mismos en medio de nuestras ocupaciones, cuando vamos por la calle..., para darle gracias, pedirle ayuda, desagraviarle por los pecados que cada día se cometen.

A veces pensamos que Dios está muy lejos, y está más cercano, más atento a nuestras cosas que el mejor de los amigos. San Agustín, al considerar esta inefable cercanía de Dios, exclamaba: “¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!; he aquí que Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba (...). Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me tenían lejos de Ti las cosas que, si no estuviesen en Ti, no serían. Tú me llamaste claramente y rompiste mi sordera; brillaste, resplandeciste y curaste mi ceguedad”<sup>7</sup>.

Pero para hablar con Dios, presente realmente en el alma en gracia, es necesario el recogimiento de los sentidos, que tienden a desparramarse y quedarse apegados a las cosas; sabernos “templos de Dios” y actuar siempre en consecuencia; rodear de amor, de un *silencio sonoro*, esa presencia íntima de la Trinidad en nuestra alma.

#### – Necesidad del recogimiento interior para tratar a Dios. Mortificación.

---

<sup>1</sup> Jn 14, 21.

<sup>2</sup> Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, Pamplona 1983, p. 1357.

<sup>3</sup> Cfr. Ex 29, 45; Ez 37, 26-27; etcétera.

<sup>4</sup> Jn 14, 23.

<sup>5</sup> Cfr. 2 Cor 6, 16.

<sup>6</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción 1.

<sup>7</sup> SAN AGUSTIN, *Confesiones*, 10, 27, 38.

**II.** La presencia de las tres Personas divinas en el alma en gracia es una presencia viva, abierta a nuestro trato, ordenada al conocimiento y al amor con que podemos corresponder. “¿Por qué andar corriendo por las alturas del firmamento y por los abismos de la tierra en busca de Aquel que mora en nosotros?”<sup>8</sup>, se pregunta San Agustín. “Ahora bien –enseña San Gregorio Magno–, mientras nuestra mente estuviere disipada en imágenes carnales, jamás será capaz de contemplar..., porque la ciegan tantos obstáculos cuantos son los pensamientos que la traen y la llevan. Por tanto, el primer escalón –para que el alma llegue a contemplar la naturaleza invisible de Dios– es recogerse en sí misma”<sup>9</sup>.

Para lograr este recogimiento, a algunos el Señor les pide que se retiren del mundo, pero Dios quiere que la mayoría de los cristianos (madres de familia, estudiantes, trabajadores...) le encontremos en medio de nuestros quehaceres. Mediante la mortificación habitual durante el día – con la que tan relacionado está el gozo interior– guardamos para Dios los sentidos. Mortificamos la imaginación, librándola de pensamientos inútiles; la memoria, echando a un lado recuerdos que no nos acercan al Señor; la voluntad, cumpliendo con el deber, quizá pequeño, que tenemos encomendado.

El trabajo intenso, si está dirigido a Dios, lejos de impedir nuestro diálogo con Él, lo facilita. Igual sucede con toda la actividad exterior: las relaciones sociales, la vida de familia, los viajes, el descanso... Toda la vida humana, si no está dominada por la frivolidad, tiene siempre una dimensión profunda, íntima, expresada en un cierto recogimiento que alcanza su pleno sentido en el trato con Dios. Recogerse es “juntar lo separado”, restablecer el orden interior perdido, evitar la dispersión de los sentidos y potencias incluso en cosas en sí buenas o indiferentes, tener como centro a Dios en la intención de lo que hacemos y proyectamos.

Lo contrario del recogimiento interior es la *disipación* y la *frivolidad*. Los sentidos y potencias se quedan en cualquier charca del camino, y como consecuencia la persona anda sin fijeza, esparcida la atención, dormida la voluntad y despierta la concupiscencia<sup>10</sup>. Sin recogimiento no es posible el trato con Dios.

En la medida en que purificamos nuestro corazón y nuestra mirada, en la medida en que, con la ayuda del Señor, procuramos ese recogimiento, que es riqueza y plenitud interior, nuestra alma ansía el trato con Dios, *como el ciervo las fuentes de las aguas*<sup>11</sup>. ***El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo***<sup>12</sup>.

#### – El trato con el Espíritu Santo.

**III.** Aunque la inhabitación en el alma pertenece a las tres Personas de la Trinidad –al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo–, se atribuye de modo singular a la Tercera Persona, a quien la liturgia nos invita a tratar con más intimidad en este tiempo en que nos encaminamos hacia la fiesta de Pentecostés.

---

<sup>8</sup> SAN AGUSTIN, *Tratado sobre la Trinidad* 8, 17.

<sup>9</sup> SAN GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre el profeta Ezequiel*, 2, 5.

<sup>10</sup> Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 375.

<sup>11</sup> Cfr. *Sal* 51, 2.

<sup>12</sup> SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 306.

*El Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho*, dice el Señor en el Evangelio de hoy<sup>13</sup>. Es una promesa que el Señor hizo en diversas ocasiones<sup>14</sup>, como señalando la enorme trascendencia que tendría para toda la Iglesia, para el mundo, para cada uno de quienes le íbamos a seguir. No se trata de un don pasajero limitado al tiempo en que se reciben los sacramentos o a otro momento determinado, sino de un Don estable, permanente: “en los corazones (de los fieles) habita el Espíritu Santo como en un templo”<sup>15</sup>. Es el *dulce Huésped del alma*<sup>16</sup>, y cuanto más crece el cristiano en obras buenas, cuanto más se purifica, tanto más se complace el Espíritu Santo en habitar en él y en darle nuevas gracias para su santificación y para el apostolado.

El Espíritu Santo está en el alma del cristiano en gracia, para configurarlo con Cristo, para que cada vez se parezca más a Él, para moverlo al cumplimiento de la voluntad de Dios y ayudarle en esa tarea. El Espíritu Santo viene como remedio de nuestra flaqueza<sup>17</sup>, y haciendo suya nuestra causa aboga por nosotros con gemidos inenarrables<sup>18</sup> ante el Padre. Cumple ahora su oficio de guiar, proteger y vivificar a la Iglesia, porque –comentaba Pablo VI– dos son los elementos que Cristo ha prometido y otorgado, aunque diversamente, *para continuar su obra*: “el apostolado y el Espíritu. El apostolado actúa externa y objetivamente; forma el cuerpo, por así decirlo, material de la Iglesia, le confiere sus estructuras visibles y sociales; mientras el Espíritu Santo actúa internamente, dentro de cada una de las personas, como también sobre la entera comunidad, animando, vivificando, santificando”<sup>19</sup>.

Pidamos a la Virgen que nos enseñe a comprender esta dichosísima realidad, pues nuestra vida sería entonces muy distinta. ¿Por qué sentirnos solos, si el Santo Espíritu nos acompaña? ¿Por qué vivir inseguros o angustiados, aunque sea un solo día de nuestra existencia, si el Paráclito está pendiente de nosotros y de nuestras cosas? ¿Por qué ir alocadamente detrás de la felicidad aparente, si no hay mayor gozo que el trato con este dulce Huésped que habita en nosotros? ¿Qué distinto sería nuestro porte en algunas circunstancias, la conversación, si fuéramos conscientes de que somos templos de Dios, templos del Espíritu Santo! Al terminar nuestra oración, acudamos a la Virgen Nuestra Señora: “Dios te salve, María, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, ayúdanos”.

\*\*\*

### **Mi paz os dejo (Martes de la V Semana de Pascua: Jn 14, 27-31)**

#### **– El Señor comunica Su paz a los discípulos.**

**I.** El Evangelio de la Misa recoge una de aquellas promesas que Jesús hizo a sus discípulos más íntimos en la Última Cena, y que se verían realizadas después de la Resurrección: *La paz os dejo, mi paz os doy; no la doy yo como la da el mundo*<sup>20</sup>. Y más adelante, en la misma Cena, les repetirá: *Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación, pero confiad: yo he vencido al mundo*<sup>21</sup>. Ahora, después de la Resurrección, Jesús se presenta delante de

---

<sup>13</sup> Jn 14, 26.

<sup>14</sup> Cfr. Jn 14, 15-17; 15, 36; 16, 7-14; Mt 10, 20.

<sup>15</sup> CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 9.

<sup>16</sup> *Secuencia de la Misa de Pentecostés*.

<sup>17</sup> Rom 8, 26.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> PABLO VI, *Discurso de apertura de la 3ª Sesión del Concilio Vaticano II*, 14-IX-1964.

<sup>20</sup> Jn 14, 27.

<sup>21</sup> Jn 16, 33.

ellos y les dice: *Pax vobis!*, la paz sea con vosotros<sup>22</sup>. Pondría el Señor el acento entrañable de otras ocasiones. Y con este saludo amigable quedaron disipados el temor y la vergüenza que pesaban sobre los Apóstoles por haberse comportado con cobardía durante la Pasión. De esta forma –a través del saludo, de su expresión acogedora– se ha vuelto a crear el ambiente de intimidad en el que Jesús les comunica su propia paz.

Desear la paz era la forma usual de saludo entre los hebreos. Y ese mismo saludo lo siguieron usando los Apóstoles, según vemos por sus cartas<sup>23</sup>, y los primeros cristianos, como han dejado constancia en muchas inscripciones. La Iglesia lo utiliza en la liturgia en determinadas ocasiones; por ejemplo, antes de la Comunión el celebrante desea a los presentes la paz, condición para participar dignamente del Santo Sacrificio<sup>24</sup>. *Pax Domini*, la Paz del Señor.

A lo largo de los siglos los cristianos supieron poner una intención más honda en las mismas fórmulas de saludo, impregnándolas de sentido sobrenatural, que calaron hondamente en el pueblo y han sido durante generaciones vehículo para hacer el bien y signo externo de una sociedad que tenía el corazón cristiano.

En nuestros días parece que se va perdiendo esa huella de Dios en el saludo habitual. Sin embargo, nos puede ser de gran utilidad para la propia vida interior poner un especial empeño en mantener y vivificar el sentido cristiano del saludo y de las despedidas; eso contribuirá a mantener la presencia de Dios en nuestras vidas.

Si nos acostumbramos, por ejemplo, a saludar al Ángel Custodio de la persona con quien nos encontramos, podremos con facilidad y sencillez dar mayor elevación al trato con los demás. Será consecuencia de la presencia de Dios que llevamos en el alma. No perdamos el sentido sobrenatural en lo habitual de cada día: “*Y les dijo: Paz a vosotros*. Nos debería dar vergüenza –decía San Gregorio Nacianceno– prescindir del saludo de la paz, que el Señor nos dejó cuando iba a dejar este mundo”<sup>25</sup>. Sea cual sea nuestro saludo habitual, siempre puede ser motivo para vivir mejor la fraternidad con los demás, para rezar por aquellas personas y darles paz y alegría, como hizo el Señor con sus discípulos.

“*En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre* (Lc 1, 44) (...). El sobresalto de alegría que sintió Isabel, subraya el don que puede encerrarse en un simple saludo cuando parte de un corazón lleno de Dios. ¡Cuántas veces las tinieblas de la soledad, que oprimen a un alma, pueden ser desgarradas por el rayo luminoso de una sonrisa o de una palabra amable!”<sup>26</sup>.

**– La paz verdadera es fruto del Espíritu Santo. Misión de pacificar el mundo, comenzando por nuestra propia alma, la familia, el lugar de trabajo...**

**II.** El saludo ordinario del pueblo hebreo recobra en boca del Señor su sentido más profundo, pues la paz era uno de los dones mesiánicos por excelencia<sup>27</sup>. Con frecuencia despedía a quienes

---

<sup>22</sup> Jn 20, 19-21.

<sup>23</sup> Cfr. 1 Pdr, 1, 3; Rom 1, 7.

<sup>24</sup> Cfr. Mt 5, 23.

<sup>25</sup> SAN GREGORIO NACIANCENO, en *Catena Aurea*, vol. VI, p. 545.

<sup>26</sup> JUAN PABLO II, *Hom. Roma*, 11-II-1981.

<sup>27</sup> Cfr. Is 9, 7; Miq 5, 5.

había hecho algún bien con estas palabras: *Vete en paz*<sup>28</sup>. A los discípulos les encarga una misión de paz. *En la casa en que entréis decid primero: paz a esta casa*<sup>29</sup>.

El desear la paz a los demás, el promoverla a nuestro alrededor es un gran bien humano, y cuando está animado por la caridad es también un gran bien sobrenatural. El tener paz en nuestra alma –condición para poder comunicarla– es señal cierta de que Dios está cerca de nosotros; es además un fruto del Espíritu Santo<sup>30</sup>. San Pablo exhortaba con frecuencia a los primeros cristianos a vivir con paz y alegría: *alegraos (...), vivid en paz y el Dios de la caridad estará con vosotros*<sup>31</sup>.

La paz verdadera es fruto de la santidad, del amor a Dios, de la lucha que supone el no dejar que se apague este amor por nuestras tendencias desordenadas y por nuestros pecados. Cuando se ama a Dios, el alma se convierte en un árbol bueno que se da a conocer por sus frutos. Las acciones que lleva a cabo revelan la presencia del Paráclito y, en cuanto causan un gozo espiritual, se llaman frutos del Espíritu Santo<sup>32</sup>. Uno de estos frutos es la *paz de Dios que supera todo conocimiento*<sup>33</sup>, la misma que Jesucristo deseó a los Apóstoles y a los cristianos de todos los tiempos. “Cuando Dios te visite sentirás la verdad de aquellos saludos: la paz os doy..., la paz os dejo..., la paz sea con vosotros..., y esto, en medio de la tribulación”<sup>34</sup>.

La paz verdadera es la “tranquilidad en el orden”<sup>35</sup>; orden entre Dios y nosotros, orden entre nosotros y los demás. Si mantenemos ese orden tendremos paz y podremos comunicarla. El orden con Dios supone el deseo firme de desterrar de nuestra vida todo pecado, y el de poner a Cristo como centro de nuestra existencia. El orden con los demás lleva en primer lugar a vivir esmeradamente las relaciones de justicia (en las obras, en las palabras, en los juicios), pues la paz es obra de la justicia<sup>36</sup>. Y más allá de la justicia, la misericordia, que nos moverá en tantas ocasiones a ayudar, a consolar, a sostener a quienes lo necesitan. “Donde hay amor a la justicia, donde existe respeto a la dignidad de la persona humana, donde no se busca el propio capricho o la propia utilidad, sino el servicio a Dios y a los hombres, allí se encuentra la paz”<sup>37</sup>.

El Señor nos ha dejado la misión de pacificar la tierra, comenzando por poner paz en nuestra alma, en la familia, en el lugar donde trabajamos... Contribuiremos eficazmente a que cesen rencores y discordias, a crear un clima de colaboración y de entendimiento mutuo. La paz en una familia, en una comunidad del tipo que sea, no consiste en la mera ausencia de riñas y de disputas, lo que en ocasiones podría ser sólo un signo de indiferencia mutua. La paz consiste en la armonía que lleva a colaborar en proyectos y en intereses comunes; la paz verdadera lleva a preocuparnos de los demás, de sus proyectos, de sus intereses, de sus penas.

El Señor desea que fomentemos en nuestro corazón grandes deseos de paz y de concordia en medio de este mundo que parece alejarse cada vez más de esta paz, porque los hombres en ocasiones no quieren tener a Dios en su corazón. A nosotros los cristianos nos pide que dejemos paz y alegría allí por donde pasemos.

---

<sup>28</sup> Cfr. *Lc* 7, 50; 8, 48.

<sup>29</sup> *Lc* 10, 6.

<sup>30</sup> *Gal* 5, 22.

<sup>31</sup> *2 Cor* 13, 11.

<sup>32</sup> Cfr. SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 1-2, q. 70, a. 1.

<sup>33</sup> *Flp* 4, 7.

<sup>34</sup> SAN JOSEMARÍA, Cfr. *Camino*, n. 258.

<sup>35</sup> SAN AGUSTIN, *La ciudad de Dios*, 19, 13, 1.

<sup>36</sup> *Is* 32, 17.

<sup>37</sup> A. DEL PORTILLO, *Homilía*, 30-III-1985.



– **Sembradores de paz y de alegría.**

**III. Cristo es nuestra paz**<sup>38</sup>. Desde hace veinte siglos nos repite: *la paz os dejo, mi paz os doy*. Nos lo dice a cada uno para que con nuestra vida lo pregonemos por todo el mundo, por ese mundo, quizá pequeño, en el que cada día se desenvuelve nuestra existencia.

La vida de los primeros cristianos ayudó a muchos a encontrar el sentido de su existencia. Llevaron la paz a la familia y a la sociedad en la que se desenvolvía su vida. En muchas inscripciones de aquella época se puede encontrar el saludo con que invocaban y se deseaban la paz. Esta paz, que es de Dios, permanecerá en la tierra mientras haya *hombres de buena voluntad*<sup>39</sup>. Una buena parte de nuestro apostolado consistirá en llevar la serenidad y la alegría a las personas que nos rodean; con más urgencia cuanto mayor sea la inquietud y la tristeza que encontremos a nuestro paso. ***Deber de cada cristiano es llevar la paz y la felicidad por los distintos ambientes de la tierra, en una cruzada de reciedumbre y de alegría, que remueva hasta los corazones mustios y podridos, y los levante hacia Él***<sup>40</sup>.

Los demás deberían recordar a cada cristiano como a un hombre, a una mujer, que –aunque tuvo sufrimientos y pruebas como los demás– ofreció al mundo una imagen sonriente y sacrificada, amable y serena, porque vivió como un hijo de Dios. Este puede ser el propósito de nuestra oración de hoy: ***Que nadie lea tristeza ni dolor en tu cara, cuando difundes por el ambiente del mundo el aroma de tu sacrificio: los hijos de Dios han de ser siempre sembradores de paz y de alegría***<sup>41</sup>. Esto sólo es posible cuando somos conscientes de nuestra filiación divina.

El sabernos hijos de Dios nos dará paz firme, no sujeta a los vaivenes del sentimiento o de los incidentes de cada día, serenidad y firmeza, que tanto necesitamos. Mantener esta disposición abierta y amigable ante los demás nos incitará a luchar seriamente contra las posibles antipatías, que tienen su fundamento en una visión poco sobrenatural de las personas; contra las asperezas del carácter, que quitan la paz del ambiente y que indican falta de mortificación; contra el egoísmo; contra la comodidad..., que son obstáculos serios para la amistad y para el apostolado.

El deseo sincero de paz que el Señor pone en nuestro corazón nos debe llevar a evitar absolutamente todo aquello que causa división y desasosiego: los juicios negativos sobre los demás, las murmuraciones, las críticas, las quejas.

Acudamos a la Virgen, nuestra Madre, para no perder nunca la alegría y serenidad. ***Santa María es –así la invoca la Iglesia– la Reina de la paz. Por eso, cuando se alborota tu alma, el ambiente familiar o el profesional, la convivencia en la sociedad o entre los pueblos, no ceses de aclamarla con ese título: Regina pacis, ora pro nobis! –Reina de la paz, ¡ruega por nosotros! ¿Has probado, al menos, cuando pierdes la tranquilidad?...–. Te sorprenderás de su inmediata eficacia***<sup>42</sup>.

---

**Rev. D. Francesc CATARINEU i Vilageliu (Sabadell, Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

**Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él**

---

<sup>38</sup> Ef 2, 14.

<sup>39</sup> Lc 2, 14.

<sup>40</sup> SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 92.

<sup>41</sup> *Ibidem*, n. 59.

<sup>42</sup> SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 874.

Hoy, antes de celebrar la Ascensión y Pentecostés, releemos todavía las palabras del llamado sermón de la Última Cena, en las que debemos ver diversas maneras de presentar un único mensaje, ya que todo brota de la unión de Cristo con el Padre y de la voluntad de Dios de asociarnos a este misterio de amor.

A Santa Teresita del Niño Jesús un día le ofrecieron diversos regalos para que eligiera, y ella —con una gran decisión aun a pesar de su corta edad— dijo: «Lo elijo todo». Ya de mayor entendió que este elegirlo todo se había de concretar en querer ser el amor en la Iglesia, pues un cuerpo sin amor no tendría sentido. Dios es este misterio de amor, un amor concreto, personal, hecho carne en el Hijo Jesús que llega a darlo todo: Él mismo, su vida y sus hechos son el máximo y más claro mensaje de Dios.

Es de este amor que lo abarca todo de donde nace la “paz”. Ésta es hoy una palabra añorada: queremos paz y todo son alarmas y violencias. Sólo conseguiremos la paz si nos volvemos hacia Jesús, ya que es Él quien nos la da como fruto de su amor total. Pero no nos la da como el mundo lo hace (cf. Jn 14,27), pues la paz de Jesús no es la quietud y la despreocupación, sino todo lo contrario: la solidaridad que se hace fraternidad, la capacidad de mirarnos y de mirar a los otros con ojos nuevos como hace el Señor, y así perdonarnos. De ahí nace una gran serenidad que nos hace ver las cosas tal como son, y no como aparecen. Siguiendo por este camino llegaremos a ser felices.

«El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26). En estos últimos días de Pascua pidamos abrírnos al Espíritu: le hemos recibido al ser bautizados y confirmados, pero es necesario que —como ulterior don— rebrote en nosotros y nos haga llegar allá donde no osaríamos.

---